

- Qué es el partido comunista internacional
- Qué fué el frente popular
- España : 1936

#### LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

es la Línea que va de Marx-Lenin, a la constitución del Partido Comunista de Italia en Livorno en 1921, a la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de Moscú, al rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia, la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera de la politiquería personal y electoral.



## INDICE

Presentación .....	1
Programa del Partido Comunista Internacional .....	3
Qué es el Partido Comunista Internacional .....	7
Resumen histórico del movimiento comunista .....	9
Restauración de la doctrina .....	14
Reconstitución del Partido Comunista a escala mundial .	26
Qué fué en realidad el Frente Popular .....	31
Orígenes de la situación actual .....	34
El programa histórico del proletariado .....	36
El peligro de infiltraciones oportunistas en la IIIa. Internacional .....	38
Del Frente Unico al Gobierno Obrero .....	40
El Antifacismo .....	43
Los fines últimos subordinados a la diplomacia nacional .	47
El precio de la "victoria" de 1936 .....	51
Enseñanzas de la contrarrevolución : España 1936 .....	61
Impetu proletario y traición oportunista .....	68
El drama se desencadena .....	77
El desastre .....	79



## PRESENTACION

En nuestro primer opúsculo en lengua española, "Los fundamentos del comunismo revolucionario", hemos presentado uno de nuestros textos fundamentales, que restaura el programa marxista en su integridad, en polémica directa no sólo contra los reformistas, los oportunistas y los "innovadores" de la socialdemocracia clásica y de la "stalinista", sino contra todas las corrientes que, aún reivindicando la violencia revolucionaria, niegan la necesidad de la dictadura del proletariado victorioso como indispensable eslabón de transición hacia la eliminación final de las clases, y que por otra parte conciben el "socialismo" como una red de "comunas" autónomas, cada una operando en los límites de los propios confines locales y de empresa, no advirtiendo que de ese modo la sociedad pretendidamente "nueva" reproduciría entre comuna y comuna, entre empresa y empresa, entre productor y productor, el mismo intercambio mercantil del capitalismo, renovando de esa manera, como escribía Marx, "la antigua mierda" : por consiguiente también en polémica con el anarquismo, el socialismo de empresa, el obrerismo, el localismo, otros tantos productos de la obsesión democrática.

En el opúsculo que ahora publicamos, hemos querido reproducir otros tres textos de Partido. El primero ilustra, en forma sintética pero muy eficiente, nuestra posición de siempre en oposición y frente a todas las "escuelas" y los "partidos" falsamente obreros. El segundo y el tercero retoman el tema del primer folleto, mostrando ante todo en el vivo de la experiencia histórica la nefasta influencia sobre el movimiento proletario mundial de la política del "frente popular", inaugurada en 1934-35 por la Internacional stalinista como preludeo a la segunda masacre imperialista y al despeñamiento subsiguiente en los frentes patrióticos y nacionales, y sacando en segundo lugar de la tragedia de la revolución española la confirmación práctica de la perniciosidad para la clase obrera no sólo del socialdemocratismo clásico y stalinista, sino del obrerismo y del

anarquismo. En efecto, nuestra condenación irrevocable de la renuncia a la revolución violenta y a la dictadura proletaria en favor de la "vía pacífica y democrática al socialismo" por parte de los "descubridores" del Frente Popular, punto de partida de las ulteriores aberraciones interclasistas y colaboracionistas, no nos exime de denunciar el hecho objetivo que en España en 1936-39 como en 1873, los negadores por principio de la "autoridad", los que rechazaban la "lucha política" en favor de la sola "lucha económica", los que soñaban con la autogestión en pequeñas unidades autónomas, en resumidas cuentas los anarquistas, terminaron por necesidad ineluctable no sólo por aliarse a las fuerzas democráticas, socialdemócratas y stalinistas, sino por compartir con ellas responsabilidades centrales de gobierno luego de haber repudiado la centralización revolucionaria y de haber dejado por consiguiente campo libre a los partidos destinados por vocación histórica a sabotear la generosa batalla de la clase obrera - demostrando así en los hechos que la negación del Partido, del Estado, de la Dictadura, lleva, en los virajes decisivos de la historia, a aferrarse al partido, al Estado y a la dictadura del adversario, este último bien conciente que, al igual que la revolución, la contrarrevolución requiere la violencia organizada.

No se trata aquí de dudar en lo mas mínimo de la sinceridad, la generosidad y hasta el heroísmo de los militantes anarquistas, anarco-sindicalistas, obreristas, etc., ni de atribuirles el rol concientemente contrarrevolucionario que desempeñaron la socialdemocracia y el stalinismo en los trágicos acontecimientos españoles de 1936-39, sino de hacer volver toda la clase obrera sobre la vía maestra de la única doctrina - programa último al igual que arma táctica - a cuya lúcida y firme visión de los medios y de los finés está confiada la victoria histórica del proletariado sobre el régimen infame del Capital.

Octubre de 1968

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los siguientes principios establecidos en Livorno en la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista) en 1921.

1. En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clase entre el proletariado y la burguesía.

2. Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3. El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4. El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado, unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses de grupo y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clase asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5. Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la ins-

tauración de su propia dictadura, privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria.

6. Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7. Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

\*\*\*\*

La posición del Partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes :

8. En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y el totalitarismo gubernamental. Todos éstos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo, ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; por el contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de la clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9. Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clase al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10. El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de Trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha por rechazar los

ataques exteriores de los gobiernos burgueses y por aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11. La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la continua coordinación de la política del Estado de la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

QUE ES EL

PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

En las páginas que siguen está reproducido "Qué es el Partido Comunista Internacional" publicado por primera vez en el número 1 - julio de 1963 - del periódico mensual "Le Proletaire".



## RESUMEN HISTORICO DEL MOVIMIENTO COMUNISTA

Con el Manifiesto Comunista de Marx y Engels aparece en 1848 un nuevo socialismo : el socialismo científico, que se distingue del "socialismo de las sectas" de la primera mitad del siglo XIX por tres tesis capitales :

- la emancipación de la humanidad será la obra del proletariado;

- las mismas contradicciones del modo capitalista de producción son las que conducen - a través de un salto revolucionario - al socialismo, forma superior de la economía y de la sociedad;

- la transformación revolucionaria es un proceso internacional; por consiguiente el partido revolucionario es enemigo de todo nacionalismo.

Desde la formulación del socialismo científico las fases principales del movimiento político del proletariado son las siguientes :

LA LIGA DE COMUNISTAS, para la cual Marx y Engels escribieron el histórico Manifiesto de 1848, primera proclanación del socialismo moderno, agrupaba obreros de Europa. Fué disuelta en 1852, ya que el aplastamiento de la revolución no podía más que fortalecer en su seno las tendencias pre-marxistas. Marx formulaba así las tareas para el período siguiente : una crisis ha provocado la revolución, la crisis ha terminado y hemos sido derrotados. Otra vendrá : hay que batirse en retirada y preparar las armas para la próxima crisis revolucionaria.

LA PRIMERA INTERNACIONAL fué fundada en 1864 sobre el principio que fué su divisa : "La emancipación de los trabajadores será la obra de los trabajadores mismos". Agrupando organizaciones sindicales y políticas, constituye la segunda tentativa del socialismo científico por conquistar el movimiento obrero moderno. Esta lucha (que estuvo marcada por las históricas polémicas contra el anarquismo, heredero del socialismo pequeño-burgués de 1848) no se termina de manera concluyente : las tendencias anarquistas guardan su influencia en los países latinos, mientras que en los germánicos y eslavos

el proletariado parece estar aún lejos de poder jugar el rol decisivo al que será llamado posteriormente, tanto en razón del desarrollo económico interno de estos países, como de la derrota de la Comuna de París (primera manifestación histórica de la dictadura del proletariado) que abre necesariamente una fase de reacción para la cual se impone la misma conclusión que en 1852. Por esta razón Marx y Engels preconizaron el traslado a Nueva York del Consejo General de la Primera Internacional, que a partir de ese momento debía extinguirse.

LA SEGUNDA INTERNACIONAL fué fundada en 1889. El período que entonces se abre se distingue del anterior por su carácter pacífico y por la ausencia de revolución. Europa Oriental no ha llegado ni siquiera a la revolución burguesa. Europa Occidental entra en un período de preparación "pacífica" de la futura revolución proletaria. Por todas partes se forman partidos socialistas con base proletaria que crean su prensa cotidiana, sus órganos de propaganda, sus sindicatos, y hacen escuchar en todas partes su voz desde lo alto de las tribunas parlamentarias. El socialismo científico logra una victoria completa sobre el socialismo romántico pre-marxista y gana poco a poco toda Europa. Por un lado se prosigue la selección y la agrupación de las fuerzas del proletariado para las batallas futuras. Por el otro, el ambiente de paz social favorece una resurrección del viejo liberalismo en el seno de los partidos obreros bajo la forma del oportunismo socialista, que Lenin caracterizó así : "Al mejoramiento de la situación de los esclavos en vista a la lucha contra la esclavitud salarial, el oportunismo substituye el abandono por parte de los esclavos de su derecho a la libertad a cambio de un céntimo. El oportunismo predica cobardemente la paz con el esclavajismo, el renunciamiento a la lucha de clase". Es esta tendencia la que vence cuando en 1914 estalla la primera guerra imperialista mundial, cuando la mayoría de los partidos socialistas adhieren a la defensa nacional, entran en los gobiernos burgueses, renuncian a toda lucha revolucionaria, cuando, en pocas palabras, la Internacional se derrumba en pedazos.

LA TERCERA INTERNACIONAL o INTERNACIONAL COMUNISTA fué fundada en 1919 sobre el impulso de la revolución proletaria en Rusia. La iniciativa histórica se debe a los bolcheviques rusos, antigua fracción de izquierda de la II Internacional; sus dos ejes en Europa Occidental son el Spartakusbund alemán y los Abstencionistas italianos, únicas fracciones de la II Internacional que en los grandes países europeos se mantuvieron fieles no sólo al internacionalismo, sino también a las perspectivas y a los fines revolucionarios.

En la mayoría de los otros países, los nuevos partidos comunistas quedan bajo la influencia de la mentalidad y de la práctica social-demócratas o anarco-sindicalistas. Diezmados por la represión, desorganizados por una fusión en 1920 con una fracción centrista (los Independientes, "que quieren casar la república democrática y los Soviets" (Lenin)), los Spartakistas desaparecen sin descendencia. Por el contrario, la Izquierda Comunista Italiana debía asegurar la continuidad del programa y de la lucha comunistas hasta nuestros días.

#### LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA Y MOSCU

Nacida para restaurar el programa revolucionario contra las deformaciones "liberales" y reformistas de la II Internacional, para constituir precisamente en los partidos comunistas los organismos proletarios de asalto contra el Estado burgués, la III Internacional fracasó históricamente en su tarea hasta el punto que la situación del movimiento socialista es mucho más catastrófica hoy en día, casi veinte años después del fin de la segunda guerra mundial, que en el momento del derrumbe de la Internacional Socialista al inicio de la primera. En ciertos aspectos, el peligro de tal evolución se manifestó desde el comienzo, como la Izquierda Italiana previno a la dirección de Moscú ya desde las primeras críticas que formuló contra ciertas soluciones organizativas y tácticas propuestas por ésta.

De 1919 a 1926, esta crítica de la Izquierda está centrada a la vez sobre un método demasiado apresurado de formación de los partidos comunistas y sobre una táctica demasiado elástica "para conquistar las masas". La Izquierda sostuvo que el fortalecimiento de los partidos comunistas no de-

pende de maniobras tácticas sino del curso revolucionario objetivo que no tiene ninguna razón de seguir los cánones de un progreso continuo. La conquista revolucionaria del poder puede estar alejada como cercana; en ambos casos, pero sobre todo en el primero, para prepararse a ella hay que rechazar toda acción susceptible de hacer recaer la organización comunista en un nuevo oportunismo análogo al de la II Internacional : electoralismo y democratismo en política, reformismo en el terreno social. Fue éste el criterio que hizo que la Izquierda Italiana se opusiese sucesivamente a la adhesión directa a la Internacional Comunista de organizaciones independientes del partido comunista local, al "parlamentarismo revolucionario", a la táctica del "frente único político" con los partidos social-demócratas y, a la que fué aún peor, la táctica de los "gobiernos obreros".

A partir de 1926, la lucha se desplaza al terreno directamente político y conduce a la ruptura. Las dos cuestiones en juego son "el socialismo en un solo país" y el antifacismo. El "socialismo en un solo país" es una doble negación del leninismo porque llama "socialismo" a lo que Lenin llamaba "desarrollo capitalista a la manera europea en la Rusia pequeño-burguesa y semi-medioeval" y desliga el destino de la revolución rusa del de la revolución proletaria, europea y mundial. Es la doctrina de la contrarrevolución : en el interior porque justifica la represión contra los internacionalistas comenzando por Trotzky; en el exterior porque favorece el aplastamiento de las corrientes de izquierda por parte de las fracciones centristas, a menudo sobrevivencias directas de la socialdemocracia, "que capitalan sobre toda la línea frente a la burguesía" (Trotzky).

La principal manifestación de este abandono de la lucha comunista está dada precisamente con la substitución de la consigna "conquista revolucionaria del poder" por la de "defensa de la democracia contra el facismo". El fenómeno se manifestó no sólo en la Internacional Comunista después de la caída del bastión alemán con la victoria de Hitler en 1933, sino también en la oposición llamada trotskista que la presentaba como una simple fase de lucha por la que había que pasar antes de poder plantear las reivin-

dicaciones máximas del proletariado revolucionario. En ambos casos esto condujo a la destrucción del proletariado como fuerza política autónoma en el seno de la sociedad, a una movilización del proletariado de los distintos países para la defensa nacional peor aún que la de 1914, a la resurrección y exasperación de los odios chauvinistas y finalmente a la disolución formal de la Internacional Comunista, aniquilando momentáneamente toda tendencia a su reconstitución.

Efectivamente, durante el conflicto de 1939-1945, las fuerzas del socialismo internacional estaban reducidas en Italia, en Bélgica y en Francia a pequeños grupos sin posibilidad de influenciar la situación, y en el resto de Europa a nada. La posguerra, que no cumple con las promesas de expansión del socialismo por la fuerza de las armas del Ejército Rojo, ve por el contrario el triunfo de un ministerialismo "comunista" idéntico al del de la derecha de la Segunda Internacional : la influencia de los ministros comunistas se ejerce en favor de la restauración de la autoridad del Estado (restitución de las armas de los partisanos insurrectos), de la reconstrucción capitalista (se renuncia a la huelga), y más tarde - en las democracias populares - del restablecimiento del orden "soviético" (Berlín, Poznam, Budapest).

El límite de esta degeneración ha sido alcanzado hoy en día, cuando no se prevee ya ni el fin del capitalismo, glorificado en la persona del comercio mundial, ni el fin del parlamentarismo burgués, cuya "renovación" se ha vuelto el fin político supremo de los partidos ligados a Moscú, y ni siquiera un desarrollo cualquiera de la pretendida lucha entre el "campo socialista" y el "campo capitalista" a la que el stalinismo debía terminar por reducir la lucha de clases, ya que en el terreno internacional la consigna se ha vuelto : "coexistencia y emulación pacíficas" !

A medida que siguiendo su lógica interna, el "comunismo" degenerado de Stalin, y luego el de Krushev y sucesores, se degradaba hasta el punto de no distinguirse en nada del social-pacifismo y del reformismo clásicos, el rol internacional de la antigua Izquierda Comunista Italiana crecía (guardando por supuesto las proporciones relativas de los dos

fenómenos). En Italia, el Partido Comunista Internacional conocía un modesto desarrollo, y despertaba algunos ecos en Francia, Alemania y Bélgica de los que atestiguan la revista Programme Communiste y el periódico Le Proletaire.

\*\*\*\*\*

## RESTAURACION DE LA DOCTRINA

### RETORNO AL "CATASTROFISMO"

En el terreno de la doctrina general de la evolución histórica y social, la ya completa degeneración política del antiguo movimiento comunista ha llegado hasta la negación de la visión "catastrófica" de Marx: ni los antagonismos de las clases, ni aún las oposiciones de los Estados no desembocarán más en una lucha violenta, en conflictos armados. Fundamentalmente, la perspectiva es a la vez la de una paz internacional (bautizada coexistencia pacífica) y la de una paz social garantizada por consignas conservadoras y reaccionarias como "renovación democrática" y "lucha contra los monopolios". De hecho, el "comunismo" oficial no es más que una apología del Progreso, en la medida en que glorifica el crecimiento de la producción y de la productividad; no es más que una apología del capitalismo en la medida en que glorifica la intensificación del comercio.

Frente a estas posiciones, que son la reproducción pura y simple de las de la burguesía "progresista" de la segunda mitad del siglo XIX, las posiciones marxistas no han cambiado: bajo el capitalismo, el aumento de la producción y de la productividad significan explotación acrecentada del trabajo por el Capital, o sea aumento desmesurado de la parte no pagada del trabajo, de la plusvalía. El consumo obrero, la "reserva" que la clase trabajadora se constituye bajo la forma tanto individual como social (protección contra las enfermedades, contra la vejez; legislación familiar, etc.) pueden crecer: la sujeción del productor al Capital, la inseguridad de su condición ligada a las fluctuaciones de la economía del mercado crecen al mismo tiempo. El antagonismo

de clase no es atenuado, sino por el contrario exasperado.

La extensión del comercio significa extensión del dominio de los países desarrollados sobre los países subdesarrollados, agravación progresiva de la competencia natural entre los países desarrollados. Ligando los diferentes pueblos, los diferentes continentes en las redes de una economía de más en más mundial, esa extensión presenta dialécticamente un aspecto "negativo" que quieren ignorar todos sus apologistas: la preparación de crisis comerciales y por lo tanto financieras e industriales cuya conclusión, hoy como ayer, no puede ser, en ausencia de la revolución, más que la guerra imperialista. Además, una fracción creciente de las fuerzas productivas está hoy en día dilapidada, no en la producción de mercancías cuyo "honesto" comercio kruscheviano "de interés recíproco" hace "beneficiar" a toda la humanidad, sino en la producción de armas destructivas cuya función es más económica (sector de acumulación que absorbe la superproducción) que militar.

Frente a los argumentos clásica y típicamente reformistas del "comunismo" degenerado, las posiciones del marxismo revolucionario siguen siendo hoy las mismas de siempre: el capitalismo moderno no se caracteriza de ningún modo (como ya lo constataba Engels) por la "ausencia de planificación"; la "planificación" sea cual sea, no puede caracterizar por sí sola al socialismo. Aún la desaparición - más o menos real - del personaje social del capitalista, que caracteriza a la sociedad rusa de hoy, no puede probar la abolición del capitalismo (como ya lo constataba Marx !) que no es más que la reducción del trabajador moderno al estado de asalariado.

La apología del capitalismo y del reformismo de tipo social-demócrata, cuya mezcla caracteriza al "comunismo" oficial y lo rebaja aún más respecto a la social-democracia, se alían a un derrotismo que, como reflejo psicológico e ideológico de la desagregación de la fuerza revolucionaria del proletariado, estiriliza hasta la rebeldía que este apolo-gismo y este reformismo suscitan en ciertos círculos obreros. Este derrotismo consiste en negar a la clase obrera toda posibilidad de superar la competencia exasperada que la desga-

rra hoy en día, de rebelarse contra el despotismo de las necesidades creadas por la prosperidad capitalista, de sus- traerse a la cretinización engendrada por la organización burguesa de los ocios, de los placeres, de la "cultura", para constituirse en partido revolucionario. Además, este derrotismo admite - implícita o explícitamente - que a causa del progreso de los armamentos, la posesión normal del potencial militar de la sociedad en manos de la clase dominante se ha transformado en un monopolio indestructible. Todas estas posiciones equivalen pura y simplemente a abdicar toda esperanza revolucionaria frente a la omnipotencia de hecho - pero para nosotros históricamente transitoria - del Capital. Estas mismas posiciones se encuentran en todas las épocas de reacción política y social - pero cada una de ellas halla naturalmente imperiosas razones propias (la Bomba!) que la obligan a creer en ellas - : respeto supersticioso de la potencia militar del enemigo, que ya fué combatido por Engels en la época de los viejos fusiles y cañones "convencionales"; desprecio y lamento filisteos ya combatidos por Lenin y por todos los militantes revolucionarios frente a la "estupidez", la "ignorancia" o la "falta de idealismo" de los obreros.

Las posiciones marxistas siguen siendo las mismas de siempre : el capitalismo divide, pero concentra al proletariado, y finalmente la concentración triunfa sobre la división. El capitalismo corrompe y debilita, pero obliga al proletariado a educarse revolucionariamente, y finalmente esta educación revolucionaria triunfa sobre la corrupción. En efecto, todos los productos adulterados de las "industrias de placer" son tan impotentes para calmar el malestar creciente de la vida social (tanto urbana como rural!) como los tranquilizantes de la medicina moderna para restituir al hombre de la sociedad capitalista la armonía en sus relaciones consigo mismo y con los otros, que la "vida moderna" - es decir, capitalista - destruye. Mucho mas que en las corrupciones de ese género, la fuerza del Capital reside, hoy como ayer, en el aplastamiento del productor por la duración de la jornada, de la semana, del año, de la vida de trabajo. Pero el capitalismo debe, en defensa

de sí mismo, limitar históricamente esta duración, de manera lenta, mezquina, con continuos retrocesos, pero debe hacerlo, y los efectos de esto, como lo preveían Marx y Engels, serán necesariamente revolucionarios, si se piensa que, por otro lado, la explotación salarial obliga al proletariado a buscar las armas teóricas y prácticas de su emancipación. Por eso, que la perspectiva sea la de una próxima explosión de una crisis del tipo 1929, que reduzca a la condición de "proletario" al "obrero aburguesado" de hoy, o al contrario la de una larga fase de expansión y de "prosperidad", la dialéctica misma de nuestra sociedad prohíbe a todos los que no hagan profesión de derrotismo teorizar la desorganización actual del proletariado como definitiva condenación histórica, como impotencia sociológicamente determinada para la reconstitución del partido mundial de clase.

Con mas razón es absurdo admitir que con la potencia social acrecentada que el desarrollo mismo del capitalismo da a la clase asalariada, ésta se haya vuelto impotente para realizar la primera tarea de todas las revoluciones sociales de la historia : desarmar al enemigo de clase, apropiarse totalitariamente de su potencial militar.

### RETORNO AL "TOTALITARISMO" REVOLUCIONARIO

En el terreno político y social, la victoria final del democratismo sobre la doctrina del proletariado en el antiguo movimiento comunista ha llevado a presentar la "resistencia al totalitarismo" como objetivo del proletariado y de todas las capas sociales que el Capital oprime. La primera manifestación histórica de esta orientación fué el antifacismo de la preguerra y de la guerra, del cual el antigauillismo de hoy no es más que una versión bufona. Acogida favorablemente por todos los enemigos de la revolución proletaria que rechazaban en el "comunismo" de inspiración stalinista precisamente todo lo que podía recordar la era revolucionaria, esta orientación es no solamente derrotista sino ilusoria. Lo que el proletariado reivindica no es de ningún modo libertades de cualquier género en el seno del régimen despótico del Capital,

sino la supresión de todas las libertades - en el seno del régimen despótico que él impondrá a la clase capitalista - para todos los grupos sociales ligados al Capital. El proletariado no lucha por una ridícula liberalización de la esclavitud asalariada, sino por la abolición de esta esclavitud. La constitución y el desarrollo del Partido de Clase y de las organizaciones de masa del proletariado - negación cierta del totalitarismo burgués - no dependen para nada de una existencia reconocida y admitida constitucionalmente. Por el contrario, ellas tienden a la destrucción de toda constitución; no buscan un lugar en el Estado burgués, sino que tienden a derrocarlo; no tienen como meta la libertad, sino la dictadura de clase. El antitotalitarismo es una reivindicación de las clases ubicadas sobre la misma base social que la clase capitalista (disposición privada de los medios de producción y de los productos) pero, sobre esta base, aplastadas necesariamente por ella. Por ésto esta reivindicación es a la vez burguesa y anti-histórica, y por esto mismo doblemente antiproletaria. Históricamente, es inevitable que la gran burguesía ruine a la pequeña burguesía; socialmente, esta ruina hace avanzar - a la manera capitalista, a la vez lenta y brutal - en dirección de la revolución socialista. El proletariado no puede pues reconocer como tarea propia el hacer retroceder la producción hacia formas menos concentradas que lo alejarían de su meta : la total socialización de la producción y de la apropiación. tampoco puede reconocer como deber suyo el defender contra la gran burguesía a la pequeña que es enemiga no menos cierta del socialismo, ni defender en política el pluralismo y la dispersión de la misma manera que no tiene sentido que los defiendan en el terreno económico y social.

Después de la toma del poder - y tanto en política como en economía - el proletariado revolucionario no puede hacer la mas mínima concesión a ese antitotalitarismo en el que confluyen a la vez la resistencia de los pequeños burgueses a la dictadura del Capital y las decepciones en parte legítimas provocadas por la contrarrevolución en Rusia. Frente a los pequeños productores, el proletariado socialista no tendrá la ferocidad del Capital, pero frente a la

pequeña producción y a sus reflejos políticos, ideológicos y religiosos, su acción será infinitamente más decisiva, rápida y finalmente totalitaria que la del capitalismo. A toda la especie, la dictadura proletaria ahorrará para todo el futuro social la masa infinita de violencias y miserias que son el pan de cada día bajo el capitalismo, pero lo hará precisamente porque reivindicará, y empleará si es necesario, la violencia más decidida contra todo grupo social capitalista - pequeño o grande - que resista a la realización de esta gran misión histórica. En una palabra, todo aquél que hoy en día asociase aún las nociones de socialismo y de una forma cualquiera de liberalismo, pluripartismo, democratismo, como lo hacen demasiadas corrientes anti-rusas, se colocaría a sí mismo fuera de la historia, fuera de la tendencia a la reconstitución del Partido Mundial totalitariamente comunista.

#### RETORNO AL INTERNACIONALISMO

En el terreno histórico, la ausencia del proletariado europeo sobre posiciones de clase frente a la segunda guerra imperialista mundial y a la fase de "reconstrucción" capitalista contrasta con la lucha violenta e insurreccional de los pueblos coloniales contra la opresión imperialista. Frente a este movimiento, la posición del marxismo ortodoxo se opone a todas las del arco iris político, desde la de la burguesía abiertamente imperialista hasta las de los diversos matices del "socialismo" bastardo de hoy.

Siguiendo, ahí también, la lógica del renegamiento de las posiciones revolucionarias, los partidos "comunistas" han pasado de la defensa de la "democracia revolucionaria" en los países atrasados insurrectos (que ya representaba la negación menchevique de las posiciones originales de la Internacional Comunista) al apoyo puro y simple a la dominación imperialista. Esto caracteriza sobre todo la política del Partido Comunista Francés frente al movimiento de independencia en Africa del Norte y particularmente en Argelia. Hay que esperar hasta 1956 para ver la independencia nacional de la colonia rebelde reivindicada por primera vez por los "comunistas". Pero este

viraje no significa en lo más mínimo un retorno a las posiciones de clase : en ese momento la necesidad de la retirada se había vuelto evidente para todos; por el contrario, se trataba de una última maniobra para salvaguardar los intereses franceses en el sector del Maghreb; la táctica se limitó a una oposición y a una propaganda de tipo parlamentario excluyendo absolutamente toda iniciativa del proletariado francés.

Igualmente neta es la oposición del comunismo ortodoxo a la resurrección, en pequeños grupos de extrema izquierda más o menos influenciados por el trotskismo, de la teoría de la revolución por etapas consistente en apoyar incondicionalmente la dirección burguesa de la insurrección bajo reserva de una superación ulterior hacia reivindicaciones puramente comunistas, superación cuya verdadera condición - contrariamente a su visión gradualista de la historia - hubiese sido la afirmación del partido proletario desde el comienzo del movimiento insurreccional. Como la etapa ulterior de la lucha por la dirección proletaria de la revolución, prevista por ellos a corto plazo, no se ha verificado, y por no saber esperarla durante toda la época histórica que la preparará, dan crédito a las pretensiones demagógicas de los partidos plebeyos de la revolución anticolonialista de satisfacer las aspiraciones socialistas del proletariado no sólo colonial, sino mundial. Esto los conduce a esta visión caricatural de la historia : frente al proletariado abatido de las democráticas, cristianas y productivistas Europa y América, el rol ejemplar y subversivo de los bolcheviques rusos y de la república roja de 1917 después de la primera guerra mundial, está hoy desempeñado por los "socialistas" cubanos, argelinos, egipcios, saudianos, y por supuesto chinos, y por sus repúblicas populares y parlamentarias.

Todas las revoluciones anticolonialistas que se han sucedido en el curso de los últimos decenios son revoluciones burguesas más o menos radicales según que hayan puesto en acción masas populares más o menos importantes, pero cuyo carácter común es que el proletariado no ha jugado en ellas ningún papel propio, aún cuando era suficientemente numeroso, ya que los únicos objetivos por los cuales ha lu-

chado eran burgueses : la independencia nacional, el desarrollo del capitalismo nacional con todas las ventajas (pero también todos los males) que esta economía comporta.

A esta posición que nos distingue de todos los partidarios de los "socialismos" anticolonialistas, debe añadirse un análisis materialista de las posibilidades de transformación económica y social en el sentido del pleno capitalismo, que difieren sensiblemente según las áreas consideradas y según las formas de la revolución. Esto conduce a una doble distinción :

1) entre las revoluciones realizadas "por arriba" y las que han puesto en movimiento grandes masas, campesinas en particular (respectivamente la India y la China);

2) entre los Estados que disponen para la modernización proyectada de un territorio extenso, de una fuerte población, de un poderoso potencial de recursos naturales y además de antiguas tradiciones estatales (China), y aquéllos que la indigencia de todos estos factores mantiene, a pesar de la independencia política formal, bajo el poder directo del capital financiero blanco (área árabe).

Según el área considerada, la previsión va de un desarrollo capitalista más o menos importante pero siempre difícil y doloroso hasta el mantenimiento de las condiciones económicas específicas de la era colonial, y por ello la agravación (y no la disminución!) del retraso que opone las áreas "subdesarrolladas" a las áreas industriales.

Tales son las bases de la crítica que no sólo tenemos hoy que proseguir, sino aguzar contra las direcciones de estos movimientos constituidas en nuevos Estados, con el fin de ayudar al proletariado autóctono a separarse de las capas sociales en el poder para converger en el futuro Partido Mundial.

Dicho esto, la revolución anticolonial esperada luego de la primera guerra mundial, traicionada en su primer empuje en la China, retrasada en los demás lugares por toda una época histórica, ha creado para el triunfo del comunismo condiciones objetivas mucho más favorables que hace cuarenta años, sea a causa de la formación de nuevas áreas aptas al

planteo de las reivindicaciones socialistas ulteriores, sea a causa de los golpes que tales insurrecciones y revueltas han dado al imperialismo euroamericano. Además, ella ha destruido las condiciones que hacían del proletariado europeo un beneficiario, y en cierta medida un cómplice, de la opresión y de la explotación de los países coloniales, y ha levantado la hipoteca de la cuestión de la independencia nacional que favorecía el frente social y político de la burguesía y del proletariado coloniales.

### RETORNO AL PROGRAMA COMUNISTA

En el terreno programático, nuestra concepción del comunismo se distingue de todas las otras porque postula la necesidad de una revolución violenta previa, la destrucción de todas las instituciones del Estado burgués, la erección de un nuevo aparato de Estado dirigido por un partido único : el Partido de Clase, que habrá preparado, unificado y hecho triunfar los asaltos proletarios contra el antiguo régimen.

Pero del mismo modo que rechazamos la concepción de un pasaje gradual y pacífico del capitalismo al socialismo sin revolución política, es decir, sin destrucción de la democracia, rechazamos la visión anarquista que limita la misión de la revolución a derrocar el poder estatal existente. Para el marxismo ortodoxo, la revolución política abre una nueva época social de la que es importante volver a definir las grandes fases.

#### Fase de transición

Se caracteriza políticamente por la dictadura del proletariado, económicamente por una sobrevivencia de formas específicamente ligadas al capitalismo : una distribución mercantil de los productos, aún los de la gran industria, y en ciertos sectores, sobre todo agrícolas, una producción de tipo parcelario. Estas formas no pueden ser superadas mas que por medidas "despóticas" del poder proletario : imposición de su gestión sobre todos los sectores que ya ten-

gan carácter social y colectivo (gran industria, gran agricultura, gran comercio, transportes, etc.), creación de un vasto aparato de distribución, independiente del comercio privado, pero funcionando siempre, por lo menos en los primeros tiempos, según criterios mercantiles. En esta fase, sin embargo, la tarea de la lucha militar es más importante que la de la reorganización económica y social, a menos que contra toda previsión razonable la clase vencida en el interior y amenazada en el exterior renuncie a toda resistencia armada.

La duración de esta fase depende por un lado de las dificultades que la clase capitalista logrará crear al proletariado revolucionario, y por el otro de la magnitud de la obra de reorganización, que es inversamente proporcional al grado de desarrollo alcanzado en cada sector y en cada país por la economía y la sociedad, y que por consiguiente se presenta de manera más simple en los países más evolucionados.

#### Fase inferior de la sociedad comunista (socialismo)

Esta fase deriva dialécticamente de la primera. Sus características son las siguientes : el Estado proletario dispone ya de todo el producto intercambiable, aunque todavía subsista un sector de pequeña producción. Esta es la condición para pasar a una distribución que no es más monetaria, pero que conserva aún el carácter de intercambio, ya que la asignación de productos a los productores depende de la prestación de trabajo, y se efectúa por intermedio de bonos de trabajo que la atestiguan. Este sistema difiere substancialmente del salariado - que fija el sueldo del trabajador al valor de su fuerza de trabajo, determinando un abismo creciente entre el nivel de vida de los individuos y las posibilidades y riquezas sociales - ya que, para todos los individuos válidos, entre las necesidades por un lado, y la satisfacción de éstas por el otro, sólo se interpone la obligación de trabajar ; todo progreso de la sociedad, que en el régimen capitalista se erige en potencia hostil a la clase productora, se convierte inmediatamente en medio de emancipación para toda la especie humana. Sin embargo subsisten todavía formas directamente heredadas de la sociedad burguesa :

"La misma cantidad de trabajo que el productor ha dado a la

sociedad bajo una forma, la recibe de ésta bajo otra forma distinta... Rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes... El derecho igual sigue siendo aquí, en principio, el derecho burgués, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se dá más que como término medio, y no en los casos individuales. A pesar de este progreso, este derecho igual sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho del productor es proporcional al trabajo que ha dado..." (Marx, Crítica del Programa de Gotha). Sobre todo, el trabajo sigue apareciendo como una obligación social, pero cada vez menos compulsivo a medida que mejoran las condiciones generales del trabajo.

Además, después de la supresión draconiana de todos los sectores económicos inútiles o anti-sociales que ha empezado en la fase transitoria, la disposición por parte del Estado proletario de los principales medios de producción permite un desarrollo acelerado de los sectores sacrificados por el capitalismo, que son esencialmente la vivienda y la agricultura; más aún, permite una reorganización geográfica del aparato productivo que al final desemboca en la supresión de la oposición entre la ciudad y el campo, y en la constitución de una única unidad de producción a escala mundial. Permite igualmente la integración de los pequeños productores a la producción social, gracias a las ventajas que el Estado proletario les consentirá si aceptan el paso a formas más evolucionadas y concentradas de producción.

En fin, todos los progresos así realizados constituyen la abolición de las condiciones generales que, por un lado, condenan al sexo femenino a un trabajo doméstico improductivo y mezquino y que, por el otro, confinan toda una fracción de los productores a actividades puramente manuales, haciendo del trabajo intelectual un privilegio social, limitando todo el patrimonio de conocimientos científicos a una sola clase de la sociedad. Así se perfila, además de la abolición de las clases en las relaciones respectivas con los medios de producción, la desaparición de la atribución fija de tareas sociales determinadas a ciertos grupos humanos.

## Fase superior de la sociedad comunista (comunismo integral)

En la medida en que realiza estas tareas para las que nació y que exceden su función histórica de prevención y de represión de las tentativas de restauración capitalista, el Estado tiende a desaparecer en tanto Estado, es decir en tanto gobierno de los hombres, para volverse un simple aparato de administración de las cosas. Esta muerte lenta está ligada a la desaparición de las diferentes clases que se oponen en el seno de la sociedad, y se termina en consecuencia con la transformación del campesino (o artesano) más o menos parcelario en un verdadero productor industrial. Se alcanza así la fase superior de la sociedad comunista que Marx caracteriza de la siguiente manera: "En la fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizante de los individuos a la división del trabajo, y con ella, la oposición entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués, y la sociedad podrá escribir en su bandera: De cada cual, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!".

Este gran resultado histórico supera la destrucción de los antagonismos entre los hombres cuyo efecto era la inquietud, la "inseguridad general, particular, perpetua" (Babeuf), que es el bagaje del hombre de la sociedad capitalista; este resultado es la condición de la real dominación de la sociedad sobre la naturaleza, lo que Engels llamaba "el salto del reino de la necesidad al reino de la libertad" en el que el desarrollo de las fuerzas humanas se vuelve por primera vez fin en sí de la actividad humana, "supone al hombre en tanto hombre y su relación con el mundo como una relación humana" (Marx). Es entonces que se realiza también en la praxis social la solución de todas las antinomias del pensamiento teórico tradicional "entre existencia y esencia, objetivación y afirmación de sí, libertad y necesidad, individuo y género" (Marx) de manera que el comunismo merece la calificación que le apli-

caron los fundadores del socialismo científico de "enigma finalmente resuelto de la historia".

+++++

### RECONSTITUCION DEL PARTIDO COMUNISTA A ESCALA MUNDIAL

La reconstitución a escala internacional del partido político proletario capaz de asegurar la continuidad de la política revolucionaria podrá volverse un hecho histórico efectivo solamente si las fuerzas de vanguardia del proletariado de los países avanzados y subdesarrollados se orientan alrededor de las posiciones cardinales definidas aquí. El comunismo ortodoxo se distingue de todas las variedades del extremismo más o menos socializante porque niega que la evolución de la sociedad moderna excluya la reproducción de este fenómeno histórico. En otros términos, niega que las mismas leyes que determinan en la fase actual de la dominación burguesa, substancialmente facista, la lenta desaparición de las luchas políticas de los partidos burgueses, vuelven al proletariado igualmente incapaz de constituirse en partido revolucionario. Afirma, al contrario, que es precisamente la desaparición de las oposiciones, aún formales, entre izquierda y derecha clásicas, liberalismo y autoritarismo, facismo y democracia, lo que da la mejor base histórica al desarrollo de un partido decididamente comunista y revolucionario. La realización de esta posibilidad está ligada no sólo al estallido inevitable de una crisis abierta en un plazo mas o menos breve, bajo una forma u otra, sino también a la agravación objetiva de las contradicciones sociales en las fases mismas de expansión y de prosperidad. Cualquiera que admita la menor duda sobre este punto, aunque se pretenda "enterrador" del capitalismo, duda de hecho de las posibilidades históricas de la revolución comunista. Esta duda puede explicarse por la magnitud de la regresión determinada por la degeneración de la IIIa. Internacional, la segunda guerra imperialista, y el fortalecimiento consiguiente del capitalismo, y no hace más que traducir el triunfo momentáneo del Capital. Ahora bien, lejos de asegurar la eternidad del régimen, este triunfo momentáneo no hace más

que preparar, retardándola, la explosión revolucionaria más brutal de la historia.

El desarrollo del Partido no puede obedecer a reglas formales del tipo de las que gran número de oposiciones anti-stalinistas han reivindicado bajo el nombre de "centralismo democrático" y que no es más que postular que su justa orientación depende de la libre expresión del pensamiento y de la voluntad de la base proletaria, y del respeto de las reglas democráticas y de los cánones electorales en la designación de los responsables en las diferentes funciones. Sin negar que la asfixia de las oposiciones y la irregularidad de los procedimientos hayan efectivamente servido a liquidar en Rusia y en el mundo la tradición revolucionaria del partido, nuestra corriente considera esta liquidación como la liquidación de un programa y de una táctica. El retorno eventual a las sanas normas organizativas, deseado por los trotskystas, no hubiese de ningún modo bastado para impedirlo. De la misma manera, en el futuro, más que a ningún estatuto comportando un uso regular y amplio del mecanismo mayoritario, nosotros confiamos en una definición sin equívocos, sin ninguna concesión de los fines y de los medios de la lucha revolucionaria. O bien el Partido consiga seleccionar en su seno organismos aptos para aplicar sin errores su "catecismo", o bien su existencia misma debe ser puesta en duda. En este caso, es esta selección la que debe realizarse y no un modelo cualquiera de funcionamiento interno. Este es el contenido de la formula del "centralismo orgánico" que nuestra corriente ha opuesto siempre a la de "centralismo democrático". Esta formula acentúa el único aspecto realmente capital que no es el respeto de la mayoría sino el respeto del programa; no de la opinión individual, sino de la tradición histórica y doctrinal del movimiento. A esta concepción corresponde una estructura interna que los partidarios impenitentes de las libertades colectivas o individuales podrán estigmatizar como una dictadura de comités, o hasta de individuos, pero que en substancia, realiza la condición sine qua non de la persistencia del Partido como organismo revolucionario : la dictadura de los principios. Cuando ésta está realizada, la disciplina de la "base" respecto a las decisiones del "centro" es obtenida con un míni-

mo de dificultades. Una verdadera dictadura de individuos se vuelve necesaria sólo cuando la táctica del partido se emancipa de la autoridad del programa, provocando fricciones y choques que no se pueden resolver más que con medidas disciplinarias, como se produjo en la Internacional, aún antes de la victoria de Stalin.

La propaganda y el proselitismo no pueden ser separados de la intervención en los movimientos reivindicativos de la clase obrera, aún en los suscitados por reivindicaciones parciales y limitadas. La participación activa del Partido, aún embrionario, en estos movimientos, completa la crítica despiadada de las previsiones, de los postulados y de los métodos de los sindicatos oportunistas y de los partidos que los controlan : esta participación es una condición indispensable para alentar el desarrollo de estas luchas y su unificación, y para obtener que un número creciente de trabajadores se desplace del terreno de las luchas por reivindicaciones inmediatas al de la lucha unitaria por los objetivos finales, preparando así la disciplina colectiva de la clase hacia el Partido que es indispensable para el éxito de la revolución. Aunque las condiciones históricas desfavorables lo obligan a reducir su actividad en este terreno, el Partido - conciente de que no habrá un renacer de la lucha revolucionaria hasta que esta actividad no se haya ampliamente desarrollada - no pierde ninguna ocasión de intervenir en los conflictos de clase; el Partido los considera como batallas que preparan a la lucha generalizada por el derrocamiento del Estado burgués y se cuida bien de presentar sus resultados inmediatos como fines en sí o como "conquististas" definitivas.

Pero hoy en día todos los problemas relativos a este desarrollo del Partido se plantean en el cuadro histórico de una crisis doctrinal y práctica sin precedentes del movimiento socialista internacional. A pesar de ello, la experiencia anterior nos basta para extraer esta ley : la reconstitución del poder ofensivo de la clase obrera no puede ser el resultado de una revisión, de una modernización cualquiera del marxismo, y con mayor razón de la "creación" de una doctrina pretendidamente nueva. No puede derivar más

que de la restauración del programa original que, frente a las desviaciones de la Segunda Internacional, había sido asegurada por el Partido Bolchevique y que, frente a la de la Tercera, lo ha sido por la Izquierda Marxista Italiana, en peores condiciones generales. Cualesquiera que sean los sectores donde la lucha por el comunismo está llamada a renacer, cualquiera que sea el intervalo que nos separa de ello, el futuro movimiento internacional no puede ser más que el resultado histórico de la lucha de esta corriente. Por todo ésto, la reconstitución de un embrión de Partido Mundial no puede hacerse más que de una única manera : la adhesión al programa y a la acción del Partido Comunista Internacional y el establecimiento con él de lazos organizativos que respondan al principio del centralismo orgánico y que se hayan desembarazado de toda forma de democratismo.

El comunismo es una exigencia mundial, absoluta, de la sociedad actual. Tarde o temprano las masas proletarias volverán a luchar contra las fortalezas del capitalismo en una inmensa ola revolucionaria. La destrucción de estas últimas con la victoria del proletariado, no puede producirse más que si la tendencia a la reconstitución del Partido de clase hecha raíces y se generaliza en el mundo entero. La reconstitución del Partido Mundial, tal es el fin de todos los que quieren la victoria de la revolución comunista y contra la cual luchan ya las fuerzas coaligadas de la Internacional Capitalista.



Q U E F U E E N R E A L I D A D E L  
F R E N T E P O P U L A R

En las páginas que siguen está reproducido "Qué fue en realidad el Frente Popular" aparecido por primera vez en los números 13, 14, 16 y 18 - septiembre, octubre, diciembre de 1964 y febrero de 1965 - del periódico mensual "Le Prolétaire".



Hace mucho tiempo que el partido que se dice "partido de la clase obrera" y además pretende ser "comunista" no tiene nada del programa proletario: cuanto mucho dispone todavía de un MITO. Pero es un mito tenaz, con raíces tanto más profundas cuanto que en él se encarna el triunfo del capitalismo en el siglo XX, después de la tremenda sacudida que fué, para toda la sociedad burguesa, la gloriosa revolución rusa de octubre 1917. Bajo las variadas y sucesivas fórmulas de "nueva democracia" y "democracia verdadera", este mito - sobre el que viven los falsos comunistas - es el del Frente Popular de 1936.

Su idea central es de un simplismo espantoso: la historia no es más historia de la lucha de clases, sino historia del progreso de la VOLUNTAD POPULAR burlada continuamente pero renaciente siempre, y cuya primera expresión remontaría a las grandes jornadas de junio de 1936. Detenida un momento por intermedio de esos buscavidas de la historia que responden a los nombres de Hitler y Mussolini, esta "voluntad popular" reemprendió su marcha triunfal con la victoria de los Aliados en la segunda guerra mundial. Pero de nuevo otro "accidente" se cruzó en el camino de su progreso ulterior: el gaullismo y el "poder personal" en Francia, el monopolio democristiano del poder en Italia, y en general la influencia americana un poco presente en todas partes. Para no quedar detenidos, dicen los dirigentes del PCF y del PCI, basta reemprender el mismo camino y todos unidos - de los "comunistas" a los socialistas, de los obreros a los patronos, de los ateos a los cristianos, con tal que todos sean buenos patriotas - descubrir una buena fórmula constitucional capaz de realizar por fin y de veras la sagrada voluntad popular.

La verdadera explicación del estado actual de la clase obrera y de la sociedad en la que ella vive es totalmente diferente. Quiérase o no, la historia moderna está dominada por las vicisitudes de la lucha de clase del proletariado. La sociedad "progresa" cuando el proletariado lucha para tomar su dirección: en caso contrario se estanca. La línea del desarrollo social conoce fases ascendentes o de REVOLUCION, fases de reflujo o de CONTRARREVOLUCION.

Hoy, a pesar del oropel de una "prosperidad" vacilante, vivimos todavía en una fase de retroceso contrarrevolucionario. El proletariado sigue existiendo como clase que produce y se esfuerza, mas el proletariado como única clase históricamente capaz de suprimir el sistema de explotación de la fuerza de trabajo, ese proletariado ha sido momentáneamente derrotado.

### Orígenes de la situación actual

Para saber porqué, es necesario retroceder cincuenta años: pero para constatar los resultados, basta mirar alrededor. Los obreros trabajan 50 horas por semana por un salario real inferior al de preguerra. No existen más verdaderas luchas obreras. Los sindicatos las traicionan aún antes que surjan. Y el partido que pretende reivindicar el comunismo se empeña denodadamente en defender la CONSTITUCION burguesa. La gloriosa clase obrera de antaño se ha vuelto una masa indiferente e inerte que, al lado de todas las categorías sociales parásitas, se desinteresa de las cuestiones políticas de clase o sigue dócilmente al "gran jefe" del momento. En una palabra, no solamente el proletariado no cuenta más como fuerza política, sino que toda la sociedad se ha vuelto, sin advertirlo, FACISTA, hasta en el subconciencia de cada uno de sus miembros.

En realidad, éstos no son los frutos de una inexplicable aberración colectiva, sino la consecuencia lógica de los acontecimientos de 1936, que no fueron, como generalmente se cree, los signos del comienzo de una fase de gran ímpetu democrático, sino al contrario, el FIN de un período revolucionario del cual el proletariado ha salido derrotado.

La situación material de los obreros y la psicología engendrada por ella no son más que los resultados de esta derrota. En ningún caso la conciencia de clase constituye el motor de las luchas sociales; ella no puede ser más que su PRODUCTO - y en ciertas condiciones, la principal de las cuales es la existencia del PARTIDO de clase. En las fases revolucionarias los obreros tienden "instintivamente" a actuar sobre su propio terreno, con sus métodos específicos

de lucha, REASIMILANDO con fulminante rapidez los principios fundamentales que el marxismo formuló definitivamente hace un siglo, en el momento de su primera aparición en la historia. Por el contrario, en las fases contrarrevolucionarias, los obreros se dejan inmovilizar por los oportunistas en el único terreno de acción de la burguesía, el de las comedias electorales y las farsas parlamentarias, de las que salen asqueados, divididos, desalentados, incapaces de luchar seriamente, aunque más no sea por simples aumentos de salario. El asalariado vota, pero ya no sabe más organizarse para reivindicar. Las huelgas se ahogan en los compromisos: el arbitraje reemplaza la huelga. Al término de este proceso, los proletarios terminan por no creer más en poder despedazar un día esta prensa infernal.

Este es el punto en que hoy nos encontramos. No se puede comprender nada de los acontecimientos políticos actuales si se ignora este hecho fundamental: la derrota sufrida hace cuarenta años por el proletariado internacional. No se puede hacer el mínimo gesto o formular un solo pensamiento útil a la causa obrera, si no nos inspiramos de los acontecimientos que pusieron fin al período histórico en el cual la revolución proletaria era inminente y en el que el estado de ánimo de los proletarios de todo el mundo reflejaba esa esperanza. La expresión de las auténticas posiciones políticas del proletariado no hay que buscarla pues en las consignas engañosas o derrotistas de hoy, sino en las posiciones claramente formuladas en el último gran período revolucionario de la historia: el de la revolución rusa de 1917, el de la formación de la IIIa. Internacional en 1919. Para ser breves, estas posiciones se pueden reagrupar en torno a tres cuestiones fundamentales: la cuestión de la naturaleza del ESTADO, la del análisis de la GUERRA imperialista y de la crisis latente del capitalismo moderno, y finalmente la del PARTIDO, o sea la cuestión de la organización política del proletariado.

## El programa histórico del proletariado

EL ESTADO no representa, como pretenden los burgueses, y como a su vez los oportunistas lo habían hecho creer, la expresión de la "voluntad general", "libremente" expresada por medio del sufragio universal. Es un instrumento de COERCION y de OPRESION (Lenin : "un GARROTE, nada más") en las manos de la clase económicamente dominante. El proletariado, clase dominada, no puede por consiguiente pretender conquistar el Estado por vía legal, electoral, pacífica.

La emancipación proletaria pasa a través de la destrucción violenta del Estado burgués y la instauración de la DICTADURA PROLETARIA en su lugar, ejercida por el Partido a través los consejos de obreros armados. En consecuencia, en el programa del proletariado, nada de elecciones, nada de maniobras parlamentarias, sino preparación a la lucha por el poder, insurrección armada, dictadura del proletariado.

La GUERRA moderna no es, como dicen los burgueses y a su lado los oportunistas, la defensa de los grandes valores morales de la civilización, el sagrado holocausto por la integridad del suelo patrio. En la fase imperialista, en la cual el crecimiento monstruoso del capital impone a las grandes potencias mundiales DOMINAR los países más débiles, sea con la fuerza militar o con la exportación de capitales, las guerras entre estas potencias son únicamente guerras de RAPIÑA para la partición o repartición del mundo, guerras para la dominación de los mercados, por el saqueo de las materias primas, por la explotación de ingentes cantidades de fuerza de trabajo (Lenin : "guerras entre propietarios de esclavos disputándose nuevos esclavos"). Estas guerras no deben ser aceptadas por el proletariado, sino combatidas con todas sus fuerzas y, si estallan, ser transformadas "de guerras imperialistas en guerras civiles revolucionarias" por la victoria del comunismo internacional, el único que pondrá fin a los conflictos entre Estados. Por consiguiente, ningún patriotismo debe existir entre las filas trabajadoras, como tampoco ninguna concesión a la "defensa nacional", ni ningún pacifismo de carnero, sino preparación del asalto revolucionario al poder burgués en tiempo de paz como en tiempo de guerra.

EL PARTIDO del proletariado, su arma esencial, su única CONCIENCIA, su insustituible instrumento de emancipación, no es "un partido como los otros" que se inclinan frente a la aritmética engañosa de la "democracia" y veneran los "valores nacionales" pretendiendo que son patrimonio común de todas las clases. Es una organización independiente, enemiga de todas las organizaciones de TODAS las otras clases y, en particular, de los partidos que, en otro tiempo socialistas, traicionaron después al proletariado, exaltando las virtudes de la carnicería imperialista y lo traicionan todavía exaltando las virtudes de la democracia burguesa. Estos partidos deben ser denunciados y combatidos por el partido comunista internacional. Por consiguiente, ninguna alianza con ellos, ningún FRENTE en el que ellos estén comprendidos: estos partidos están del lado de la burguesía, los comunistas están del lado del proletariado.

A 45 años de la fundación de la IIIa. Internacional y de la impetuosa, ardiente formulación de sus principios, resulta hoy claro que los partidos "comunistas" no han conservado absolutamente nada de aquellos principios. El PCF y el PCI en particular han sido dos de los más feroces partidarios de la resistencia, es decir, de la participación VOLUNTARIA a la segunda guerra mundial IMPERIALISTA, osando pretender que esta guerra, conducida por dos bloques de países igualmente opresores e igualmente rapaces, era una guerra por la "libertad". Estos partidos se esfuerzan por establecer los lazos más estrechos con los partidos socialistas denunciados por Lenin como los agentes del capital. Ellos han renunciado a la destrucción revolucionaria del Estado burgués para trabajar por su renovación "democrática".

Cómo han podido llegar a tal extremo los partidos de la Internacional de Lenin? Responder a esta pregunta significa recorrer de nuevo las etapas fundamentales de la degeneración internacional cuyo resultado fué el Frente popular. Significa demostrar que el fracaso sufrido por el proletariado internacional en sus infructuosas tentativas revolucionarias en Europa Central, en Italia y en Alemania,

sólo se transformó en derrota completa cuando los comunistas, uniéndose a los socialistas en el culto de la democracia y de la patria, se hicieron los defensores del Estado burgués, predicaron la guerra "antifacista" y redujeron sus partidos a las triviales organizaciones electoralistas que son los partidos llamados comunistas de tendencia tanto rusa como china.

### El peligro de infiltraciones oportunistas en la IIIa. Internacional

Hemos visto cómo la psicología del proletariado está rigurosamente determinada por el carácter revolucionario o contrarrevolucionario de cada período histórico, y cómo, para volver a encontrar una fase de total acuerdo entre esta psicología y las finalidades últimas de proletariado, se debe retroceder hasta la revolución rusa y la constitución de la IIIa. Internacional. Si bien la victoria de Octubre de 1917 elevó el entusiasmo general de los proletarios, fué seguida muy pronto por derrotas cuya influencia deprimente atenuó el movimiento de ardiente simpatía que empujaba a los obreros de Occidente hacia el comunismo. Habiendo sido aplastada la revolución en Alemania y los Balcanes, la Comuna húngara ahogada en sangre, las grandes huelgas en Italia habiéndose saldado con un fracaso, la combatividad del proletariado internacional acusó un retroceso que tuvo por efecto aislar el poder de los Soviets, incitar la burguesía europea a pasar a la contraofensiva y llevar a la IIIa. Internacional a adoptar una táctica peligrosa compuesta de expedientes y de compromisos.

En Rusia, en el bastión del comunismo, la transformación socialista de la economía - de una economía muy poco desarrollada y además arruinada en sus 3/4 partes por las destrucciones de la guerra imperialista y luego por la guerra civil - no era posible más que a un sola condición, recalcada muchas veces por Lenin: La victoria revolucionaria del proletariado europeo, en particular la del proletariado alemán. Sin la extensión al oeste de la revolución socialista,

la situación del proletariado ruso y la de su partido en el poder se volvía insostenible. Frente a una inmensa clase campesina a quien la victoria sobre el zarismo y la conquista del usufructo del suelo conferían una psicología conservadora, los bolcheviques estaban obligados a concesiones cada vez más importantes que daban la espalda a sus objetivos sociales. Los bolcheviques no podían conservar el poder sin aumentar cuantitativa y cualitativamente la producción, tarea que constituía ante todo, en las condiciones de la Rusia de entonces, en ACUMULAR capital. El nivel de las fuerzas productivas era tan bajo que exigía no sólo que se TOLERASE el capitalismo, sino que se ALENTASE su desarrollo. Era una verdad cruel, una necesidad dramática que Lenin, con su brutal franqueza habitual, no dejó nunca de subrayar. Pero él esperaba con fe, de día en día, y después de mes en mes, el estallido de la revolución europea de la que sólo, como lo repetía sin tregua, pedía venir la salvación: el proletariado en el poder en un país capitalista desarrollado hubiera podido realizar inmediatamente las primeras medidas socialistas, ayudar masivamente a la economía rusa, abreviar las terribles etapas de su desarrollo y de su modernización económica y con ello permitir al partido bolchevique frenar todas las concesiones que estaba obligado a hacer a las clases no proletarias del interior, sus enemigas históricas.

Pero la revolución europea parecía aplazada por años. Los más clarividentes ( y Trotzky estuvo entre ellos ) vieron entonces que las concesiones hechas a la producción mercantil por el poder de los Soviets le había creado, en la misma Rusia, adversarios que no por estar escondidos eran menos peligrosos. Los capitalistas privados (nepmen), los campesinos ricos (kulaks), provistos de privilegios económicos pacientemente conquistados, ejercían sobre el enorme aparato administrativo impuesto por el desarrollo atrasado del país una presión sorda, cuyo objetivo final no podía ser más que el triunfo de una política NACIONAL de Rusia, es decir, una política de PACTACION del gobierno soviético con las potencias capitalistas, una política de RENUNCIA A LA REVOLUCION COMUNISTA INTERNACIONAL. Estas capas sociales tan poco preocupadas del destino del proletariado europeo como

del proletariado ruso sobre cuyas espaldas vivía, no deseaban de ningún modo sostener, ni siquiera tolerar, la política bolchevique de sostén y de aliento a la rebelión general de las clases explotadas.

Mientras que los más graves peligros amenazaban del interior el poder de los Soviets, qué sucedía con la Internacional Comunista, su principal baluarte contra los enemigos del exterior?

Por las razones que ya indicamos, en los países capitalistas occidentales la influencia de la socialdemocracia seguía siendo considerable y era un obstáculo al desarrollo de los partidos comunistas. Cómo esperar, en estas condiciones, una acción masiva del proletariado europeo? Cómo conducir tal acción, si la mayor parte de la clase obrera permanecía bajo el control de los socialistas que la traicionaban? El respeto escrupuloso de la línea inicial de la Internacional Comunista, sobre todo su intransigencia hacia la socialdemocracia, parecía oponerse a la rápida expansión y al aumento de la influencia de los partidos comunistas. Combatir sin concesiones el oportunismo de los socialdemócratas; ganar para la causa comunista los obreros socialistas que compartían las ilusiones de éstos: he ahí la alternativa en la cual la IIIa. Internacional se encontraba encerrada.

#### Del Frente Unico al Gobierno Obrero

La Internacional Comunista creyó poder superar esta contradicción gracias a una audaz estrategia de Lenin. Puesto que la burguesía desencadenaba entonces una ofensiva internacional en gran escala contra las condiciones de vida y de trabajo de los obreros, era necesario saber utilizar esta circunstancia para desenmascarar frente a los obreros socialistas el oportunismo y la vileza de sus jefes. Se trataba de proponer a los dirigentes de la IIIa. Internacional un FRENTE único contra el adversario burgués; de empeñarlos, tomando al pie de la letra sus reivindicaciones, a una lucha en la que los comunistas estarían en primera fila y en la

~~que ellos, cómplices disfrazados del Capital,~~ no podrían dejar de desertar y traicionar. Aplicada con perseverancia, esta táctica debía, según el cálculo de Lenin, atraer los obreros socialistas al comunismo.

Observemos de paso que esta táctica no tenía nada en común con la "unidad" que los actuales "comunistas" degenerados proponen por ejemplo a Guy Mollet en el terreno de la reconquista de la democracia, de la defensa de la patria y de la grandeza francesa. Lenin no tenía de ningún modo la intención de ALIARSE a un partido traidor al proletariado y a la revolución, sino de desbordar su movimiento revelando, en el curso de la lucha, la traición de los socialistas y el engañoso contenido de su programa. Pero tal maniobra, por genial que fuese, fracasó. Ella suponía una condición capital que, precisamente, faltaba: la extensión y la radicalización de las luchas obreras, puesto que solamente en el éxito y no en la derrota, los obreros toman conciencia de su vía de clase. Ella exigía además ser conducida por partidos comunistas fuertes, homogéneos y sólidamente templados; ahora bien, la mayor parte de ellos - el PCF en particular - no vió en el frente único mas que el retorno a los buenos viejos métodos del socialismo de la preguerra. Por último, ella implicaba que se supiese limitar el frente único a las luchas reales por las reivindicaciones de clase, excluyendo todo compromiso electoral y parlamentario. Nuestra corriente, que estaba entonces a la cabeza del partido comunista de Italia, fué la única que la aplicó con el espíritu en el que había sido concebida. Y lo hizo por respeto escrupuloso de la disciplina comunista internacional, no sin haber indicado repetidas veces sus peligros.

Sus críticas y sus advertencias fueron desgraciadamente justificadas. De un frente de defensa "en la base" a una coalición electoral "en la cumbre", de la promiscuidad de los socialistas y los comunistas en el frente único a la integración en el PC de los elementos centristas de la IIIa. Internacional, no había más que un paso, que fué dado bien pronto. Rápidamente, la Internacional Comunista adoptó también la consigna del "gobierno obrero", que no era más la dictadura del proletariado, sino un PODER PARLAMENTARIO DE COALICION.

Mientras tanto se habían aceptado en la Internacional Comunista, a pesar de las veintiún condiciones, fracciones enteras de la socialdemocracia que comprendían los más dudosos elementos. Con el oportunismo de su línea política así como con el reclutamiento inconsiderado a penas disfrazados, la organización proletaria internacional se desarmaba contra sus adversarios internos y externos, y se preparaba a sufrir el "viraje" stalinista del "socialismo en un solo país" que iniciaba el ciclo hoy cerrado que ha hecho de Rusia la segunda potencia imperialista y de los partidos comunistas los defensores del orden burgués al igual que sus compadres socialistas reformistas.

La adopción del frente único por parte de la Internacional Comunista se sitúa entre 1921 y 1922. A partir del año siguiente, las derrotas obreras en el terreno de la lucha armada se completan con las batallas políticas perdidas; el oportunismo y la confusión se desarrollan en la Internacional. En 1923 la revolución alemana es definitivamente vencida. La muerte de Lenin sobreviene en 1924, cuando postrado en su lecho de sufrimiento, toma dolorosamente conciencia de la existencia en el partido y en el Estado de posiciones contrarrevolucionarias cada vez más potentes. Aún si hubiera vivido algunos años más, Lenin no hubiese podido (al igual que Trotzky que lo sobrevivió) destrozarse la expresión política de las fuerzas ascendentes de la sociedad rusa, del nacionalismo, de la especulación, de la producción mercantil, en una palabra, del alma secreta de ese CAPITALISMO que hoy se muestra finalmente al descubierto. Las fuerzas sociales y económicas de este capitalismo podían triunfar contra el poder proletario surgido de la revolución de Octubre sólo si el capitalismo mundial derrotaba al proletariado europeo. Lenin no se cansaba de repetir que sin la victoria de la revolución alemana el comunismo no podía triunfar en Rusia. Lo que Lenin no había probablemente previsto, a pesar de que nuestra corriente hubiese denunciado el peligro en los congresos de la Internacional, era la FORMA que la contrarrevolución tomaría: no una intervención armada del imperialismo, sino la capitulación vergonzosa de toda la IIIa. Internacional y

un retorno a la ideología de la socialdemocracia, que constituye aún hoy el fundamento de todos los FALSOS COMUNISMOS del de Krushev o de Kossiguyn como del de Mao Tse-Tung o de Tito.

### El Antifacismo

Las etapas políticas que transformaron el OPORTUNISMO de la IIIa. Internacional en TRAICION a los intereses inmediatos e históricos del proletariado se pueden reconstruir hoy punto por punto. Nos hemos limitado a dar su trama más esquelética, que era necesario evocar para dar la demostración - que es el objeto de este trabajo - de que el FRENTE POPULAR, celebrado aún hoy como la "edad de oro" de las conquistas obreras, no es más que una etapa - y no de las menos vergonzosas - de esta trahición.

Ya hemos escrito que la IIIa. Internacional había cometido un grave error de táctica al proponer el FRENTE UNICO a los partidos de la IIa. Internacional. Este frente esfumaba las divergencias fundamentales entre los comunistas y los socialdemócratas; alentaba el oportunismo de los dirigentes centristas que vinieron a la Internacional Comunista por cálculo y no por convicción. En los Congresos de la Internacional, nuestra corriente que entonces dirigía el PC de Italia, había lanzado severas advertencias: si la lucha revolucionaria refluye, esta táctica del frente único será fatal al proletariado; la retirada se transformará en derrota, los partidos comunistas se corromperán del INTERIOR. Y es lo que sucedió efectivamente, después de la derrota definitiva de la revolución alemana, cuando el stalinismo triunfó en la Internacional. Esta fase dramática, caracterizada en Rusia por la masacre o la deportación de los mejores bolcheviques y, en los partidos comunistas de Europa Occidental, por la eliminación de todos los elementos revolucionarios, cambió el aspecto del movimiento comunista.

El frente único englobaba a los oportunistas de la socialdemocracia, pero no comportaba ninguna atenuación o revisión formal del programa revolucionario del comunismo.

Por el contrario, el frente popular, que le sucedió unos diez años más tarde, ensanchaba la coalición hasta los radicales burgueses y no se proponía más la destrucción del estado capitalista sino su conservación bajo la etiqueta de "defensa de la democracia". A pesar de su conexión lógica, estas dos etapas están separadas por un viraje histórico, el del antifacismo, cuyo examen nos conduce directamente al centro de nuestro tema.

Contra la mayoría de la Internacional Comunista que veía en el facismo una especie de monstruoso retorno al pasado o más aún un fenómeno propio de algunos países solamente, nosotros lo considerábamos como la forma más desarrollada del capitalismo moderno. Contra toda la IIIa. Internacional que pensaba que un frente antifacista con todos los demócratas burgueses podría salvar al mismo tiempo la democracia parlamentaria y las posibilidades revolucionarias del proletariado, nosotros sosteníamos que era vano pretender detener la evolución política de la política constitucional de la sociedad burguesa y que, de todos modos, el solo hecho de luchar codo a codo con los pequeño-burgueses liberales por la defensa del parlamento sólo podía desviar al proletariado de su objetivo revolucionario.

No se puede negar que la historia haya dado una confirmación abrumadora de nuestras previsiones. Que las clases medias están dispuestas a abandonar sus bellos principios democráticos frente al ascenso del facismo, los acontecimientos de Alemania de 1933 lo prueban con abundancia: fué gracias a los votos de los pequeños burgueses que Hitler pudo tomar el poder LEGALMENTE. Que el contenido económico y social del facismo se haya impuesto finalmente en todas partes, a pesar de la victoria del "bloque democrático" en la guerra de 1939-45, nos lo confirma ampliamente la evolución de la estructura política moderna, con su registro de los ciudadanos, su desprecio de las "garantías democráticas", el control estatal, la integración del sindicato, la despolitización de las masas bajo los golpes de la estrepitosa propaganda televisada. Hasta Francia, hija primogénita de la democracia, a pesar de que no tuvo nunca que temer la borrasca revolucionaria que sacudió a los otros países de

Europa, alcanzó tardía pero seguramente un sistema de "poder personal" y de "parlamento-apéndice" que no difiere del facismo más que por el hecho de haber triunfado sin efusión de sangre y en una situación en que la clase obrera se había vuelto amorfa por los virajes y las sucesivas capitulaciones de sus jefes. Si el advenimiento de la sociedad facista no se ha realizado de un modo uniforme y simultáneo, es ante todo porque se ha impuesto primero en los países en que subsistía la amenaza revolucionaria, aún después de la represión de la revolución; en segundo lugar, porque ha tenido necesidad de la segunda guerra mundial para instaurarse en todas partes.

Cada conflicto mundial ha acelerado el proceso de evolución totalitaria del capitalismo. Cada guerra ha reforzado el arbitrio policíaco y la violación de las "normas democráticas"; lo que fué cierto para la primera carnicería imperialista, lo fué para la segunda, como lo fué aún más, por ejemplo, para la guerra de Argelia.

Al querer combatir el facismo sobre el terreno de la defensa de la democracia y sobre la base de una coalición con los partidos oportunistas y pequeño-burgueses, la Internacional Comunista cometió tres errores capitales. Ante todo un error de APRECIACION: allí donde Moscú creía ver un paso atrás había por el contrario el porvenir y la última palabra del capitalismo que, en su fase senil, tiende de más en más a traducir sobre el plano político y social el contenido totalitario que ya ha realizado en el plano económico. En segundo lugar un error de TACTICA: las clases medias, que han cesado de ser clases combativas desde hace tiempo, no pueden más que desalentar y desmoralizar al proletariado. La violencia, que niegan a la lucha de las clases oprimidas, son incapaces de utilizarla aún para defender sus propios intereses. Por último, un error de PRINCIPIO: adhiriendo a la defensa de la democracia, la Internacional Comunista no podía pretender volver más tarde a la lucha revolucionaria por la destrucción de esta misma democracia y, de hecho, no volvió NUNCA más.

Estos errores no se pagan en seguida, sino veinte, treinta, cuarenta años después. En el curso de los años treinta parecía lógico a muchos que el partido del proletariado, frente a un peligro que algunos creían sin precedente, se aliase con las fuerzas sociales y los partidos igualmente amenazados por el facismo. Frente a la ruina de las instituciones democráticas, que los Partidos comunistas querían utilizar, se encontró normal acallar sus principios intransigentes. Se pensó que ante todo era necesario salvar el marco jurídico y social, aparentemente más favorable a las agitaciones de clase. Y sin embargo, procediendo así, no sólo se erró en la apreciación de la verdadera naturaleza del peligro facista, sino que se perdió hasta la noción de las tareas específicas del proletariado. Contra el facismo, los comunistas de la época pretendían "salvar la democracia" no como régimen político ideal, sino porque pensaban que la república parlamentaria les dejaría luchar más fácilmente contra el capitalismo. Pero esta democracia se impone hoy a sus sucesores como meta final, como FIN EN SI. Más aún: mientras la democracia parlamentaria ha perdido todo contenido, la ironía de la historia quiere que los demócratas rezagados, en cuyas primeras filas figuran los PC nacionales, reivindiquen a su vez las concepciones que el facismo había introducido en su tiempo: la GRANDEZA NACIONAL, el culto de la PRODUCCION, el gusto por el ESTADO FUERTE y ESTABLE.

A la ofensiva facista, a la intervención violenta e ilegal de los comandos de camisas negras o pardas, no se podía dar en realidad más que una respuesta: la de la violencia proletaria, igualmente ilegal. Era la única posibilidad -si no de abatir inmediatamente las fuerzas políticas que debían mostrarse en definitiva más vulnerables que las del constitucionalismo hipócrita de las "democracias" - al menos de poder retomar la ofensiva obrera en los períodos tormentosos que debían seguir, y de evitar el abismo de impotencia y de división que es hoy la situación de las clases explotadas. Los "realistas" del oportunismo creyeron economizar las pérdidas, los sufrimientos y las represiones que comporta la lucha de clases: en realidad condenaron el proletariado y la humanidad a sufrir la IIa. guerra mundial.

y ver "prosperar" un capitalismo que sólo se sobrevive al precio de un baño de sangre cotidiano.

Por lo demás, lo que para el partido internacional del proletariado era entonces sólo un ERROR, era ya un CALCULO para las fuerzas sociales ocultas que lo maniobraban.

### Los fines últimos subordinados a la diplomacia nacional

Después del advenimiento de Stalin, la Internacional Comunista no obedeció más a los intereses generales de la clase obrera sino que abrazaba los intereses y las ambiciones NACIONALES RUSAS. Los motivos cínicos que los hombres de Pekín denuncian hoy en sus compadres rusos comenzaron en realidad a manifestarse hace más de treinta años, y la segunda guerra mundial debía precipitar su confirmación. Desde el momento en que la presión del proletariado era canalizada desde Moscú hacia la vía consitucional, desde el momento en que Rusia dejaba de ser el bastión avanzado de la revolución para transformarse en un ESTADO NACIONAL obrando en defensa de sus intereses, de su producción, de su seguridad, el antagonismo fundamental de la sociedad burguesa entre proletariado y burguesía debía necesariamente ceder el paso a los antagonismos interimperialistas. En los países vencidos, en particular, la burguesía no podía dejar de intentar, en algún momento, romper por la fuerza el círculo de asfixia económica en que las había encerrado la paz incoherente de Versalles. Desde entonces la guerra era previsible, fatal: estaba allí. La guerra - que era imposible mientras la Internacional Comunista constituía la punta de lanza del proletariado revolucionario - se volvía inninente apenas la U.R.S.S., enrolada bajo la bandera del "socialismo en un sólo país", no se preocupaba más que de elegir el MEJOR BLOQUE en el conflicto que maduraba. Sin embargo, para que estallase el segundo conflicto imperialista, era aún necesario obtener la adhesión del proletariado: fue ESTA la obra del antifacismo.

Más arriba hemos visto cómo las fuerzas NACIONALES de la economía rusa, actuando a través de Stalin y sus

cómplices, habían logrado liquidar la perspectiva internacionalista de Lenin para proceder a la construcción, no del socialismo, sino del capitalismo ruso. Contemporáneamente la Internacional Comunista se deshacía de toda oposición de izquierda (trotzkista y no-trotzkista) y se alistaba bajo la célebre fórmula de Bujarin: "Actuar en todas partes y siempre PARA EL BIEN DE LOS INTERESES DE LA DIPLOMACIA RUSA".

A partir de 1929, la política de los partidos comunistas sigue en bloque este único fin. En los países cuyos gobiernos manifiestan alguna veleidad de acuerdo con la U.R.S.S., los comunistas disminuirán radicalmente su agitación social, aunque ello deba romper vastos movimientos reivindicativos. En los otros países, al contrario, lanzan ofensivas desconsideradas, aunque diezmen así la vanguardia obrera y arruinen los efectivos del partido.

Según su historia oficial, el Partido Comunista Francés habría luchado desde el primer día contra el facismo. Nada es más inexacto. No ha habido en realidad lucha PROLETARIA bajo la bandera del antifacismo. El antifacismo fue diplomacia y guerra entre los Estados, patriotismo y unión sagrada, NUNCA LUCHA DE CLASE. Si es muy cierto que en Italia, en 1922, los obreros se defendieron fábrica por fábrica, ciudad por ciudad, contra los comandos facistas apoyados por la policía, el ejército y hasta por la marina del Estado burgués, esta lucha se desarrolló bajo la bandera de la revolución y del comunismo y no bajo la bandera del constitucionalismo y del parlamento. Pero en Alemania, diez años más tarde, cuando hubiera sido necesario oponer a los camisas pardas la huelga general, única ARMA DE CLASE del proletariado, el PC alemán presentó su líder Thaelmann a las ELECCIONES para la presidencia del Reich. Renunciaba así a la respuesta armada y ratificaba en principio la elección DEMOCRATICA de los pequeño-burgueses facistizados que dieron naturalmente el poder a Hindenburg y a Hitler.

No, no ha habido, en el arco histórico del antifacismo, páginas heroicas escritas en nombre de la revolución proletaria y del comunismo. El antifacismo tuvo heroísmo para vender, con sus fusilados, sus partisanos, sus deportados, su carne de cañón lanzada en los mataderos del Pacífico, de

Stalingrado o de Normandía, pero fué un heroísmo NACIONAL, PATRIOTICO... un heroísmo burgués, aunque si los que caían eran sobre todo obreros. Basta con la crónica de entonces para hacer justicia a un pretendido antifacismo comunista y proletario. Hitler tomó el poder en 1933, pero el Estado ruso, el Estado que enarbolaba todavía la bandera de Lenin y los bolcheviques, conservó frente a él la diplomacia benévola que había testificado a la difunta república de Weimar. Moscú encontró incluso su provecho en la reorganización política y en la centralización económica emprendidas por el nuevo Reich: el sistema nazi, controlado estrechamente por las altas finanzas, aceleró la liquidación de las deudas contraídas con Rusia por la industria alemana, cuyo pago permanecía hasta entonces suspendido. Mientras los PC de todos los países aullaban contra el facismo hitlerista, su "casa matriz" de Moscú continuaba las "buenas relaciones" con los verdugos que fusilaban a los comunistas alemanes.

La política rusa con relación al Reich cambió solamente en 1935, y no por motivos ideológicos y sociales sino pura y simplemente por razones de DIPLOMACIA nacional. Mientras tanto la U.R.S.S. había sido aceptada en la Sociedad de las Naciones, celebrando como una victoria la entrada en lo que Lenin definía como la CUEVA DE BANDIDOS del imperialismo. En Ginebra, alemanes y rusos mezclaban sus votos contra franceses, ingleses e italianos.

A la "seguridad colectiva" defendida por los países vencedores, ellos oponían un "desarme general" igualmente engañoso. Al igual que las polémicas actuales en la O.N.U. sobre la suspensión de las experiencias nucleares, las charlatanerías de la S.D.N. sólo servían para engañar a las masas y cubrir las sórdidas tratativas entre los Estados. El "Pacto de los Cuatro", que Mussolini propuso a Francia, Inglaterra y a la Alemania hitlerista, tuvo por efecto aislar a Rusia y poner término a las buenas relaciones entre Moscú y Berlín. Fué entonces que la diplomacia rusa pensó en acercarse a la "gran democracia francesa". El reaccionario Laval, jefe del gobierno francés, fue invitado a Moscú en mayo de 1935 para concluir allí un "pacto de

asistencia" entre los dos países. Este hombre astuto se preocupaba poco de las cláusulas militares de un tratado cuya eficacia estaba subordinada a la aprobación de los miembros de la S.D.N. Lo que, por el contrario, le interesaba mucho más era la posibilidad eventual de hacer cesar, tratando con la U.R.S.S., la intensa campaña antimilitarista de los comunistas franceses. Laval acertó perfectamente en su cálculo, y el regateo se tradujo en el viraje más sensacional que un partido obrero haya jamás efectuado. Al pié del protocolo del acuerdo fue agregada a pedido suyo esta cínica frase de Stalin: "El Señor Stalin (sic) comprende y aprueba sin reservas la política de defensa nacional seguida por Francia para mantener sus fuerzas armadas al nivel de su seguridad."

Era una invitación explícita a poner fin a las campañas de L'HUMANITE, y fué escuchada. El mismo Thorez que, el 15 de marzo de 1935, declaraba en la Cámara: "No, nosotros no permitiremos que se arrastre a la clase obrera a una guerra de defensa de la democracia contra el facismo", al año siguiente, en el momento de la ocupación de la orilla izquierda del Rhin por parte del ejército alemán, pronunció un discurso ultrapatriótico en el que invocó a Valmy, al "sol de Austerlitz" y a los "emigrados de Coblenza".

El verdadero acta de nacimiento del partido comunista francés ACTUAL, patriota, chauvinista y jacobino, está allí. Este partido cuenta hoy todavía con algunos de los hombres que, en 1923, en el momento de la ocupación del Ruhr, incitaban a los proletarios franceses en uniforme militar a fraternizar con los obreros alemanes. Pero de este auténtico internacionalismo no queda ya nada, ni siquiera el recuerdo. Después de convertirse al patriotismo, sólo le quedaba adherir a la democracia y al "interés nacional". Lo hizo en el curso del período que analizamos a continuación: "el gran sol de junio de 1936" consagrará, con el Frente Popular, la integración sin posibilidad de retorno de este partido en el campo de los defensores de los valores burgueses, en el campo de la conservación social que desde entonces nunca abandonó.

## El precio de la "victoria" de 1936

Hemos mostrado cómo la Tercera Internacional fundada por Lenin y los bolcheviques para destruir el estado burgués llegó, después de la derrota de la revolución europea y el triunfo en Rusia de la política stalinista del "socialismo en un solo país", a defender el estado y el parlamentarismo burgués, y a concluir con este objeto acuerdos políticos con la Internacional Socialista, la Internacional de los traidores, de los celosos servidores del capital.

Esta orientación, que se abría paso desde hacía años a través de los zig-zags y de los virajes políticos del "movimiento comunista mundial" oficial, se impone definitivamente en el período que ahora abordamos, el del Frente Popular. En las consignas de Moscú, la dictadura del proletariado es substituída de aquí en adelante por la defensa de las instituciones republicanas, y el advenimiento del socialismo es subordinado a la salvaguardia y al "perfeccionamiento" de la democracia. En otro tiempo internacionalistas y antimilitaristas convencidos, los "comunistas" se transformarían en bravos patriotas y en partidarios encarnizados de la guerra llamada "antifacista".

\* \* \* \* \*

La posición comunista en el seno del Frente Popular no era más que la conclusión lógica de la evolución cuyas grandes etapas hemos recorrido y sin embargo apareció en su momento como un viraje brutal y desconcertante. La razón de este cambio que a primera vista no parece clara, era en el fondo simple. Después del aniquilamiento del proletariado alemán, la reaparición de la crisis capitalista había vuelto inevitable la segunda guerra mundial. Habiendo abandonado toda perspectiva revolucionaria, la U.R.S.S. se preparaba buscando las mejores alianzas posibles. Transformada en el servil instrumento de su diplomacia, la Internacional Comunista no podía más que adoptar una línea de acuerdo con esta política: en los países susceptibles de convertirse en aliados de Rusia, ordenó a los comunistas de poner fin a toda propa-

ganda subversiva y sostener la política burguesa de "defensa nacional", es decir el esfuerzo militar del imperialismo nacional. En Francia, el PCF adoptó esta política al día siguiente del pacto de alianza franco-ruso de mayo de 1935. Quedaba aún hacérsela aceptar al proletariado francés, que estaba mal preparado para ello a causa de las tradiciones antimilitaristas que el mismo PCF había alentado hasta poco tiempo antes. Esta fué la obra del Frente Popular, que logró canalizar una vasta batalla obrera hacia una adhesión total a la política antifacista, creando así las condiciones de una alianza franco-rusa en la guerra futura. Si la ironía de la historia ha querido que esta alianza no funcionase en los primeros años del conflicto, esto no quita que el PCF haya trabajado eficazmente para la preparación política e ideológica de la segunda guerra imperialista.

En efecto, la adhesión oficial del PCF a los valores patrióticos y nacionales que había combatido hasta entonces, se efectuó en el curso del gran movimiento reivindicativo de junio de 1936, bajo la égida de una coalición electoral con la SFIO (Partido Socialista). De su adhesión entusiasta a la defensa del parlamento burgués nace la impostura ideológica según la cual el socialismo pasaría a través de la expansión de la democracia y no a través de su destrucción revolucionaria. Después de las huelgas con ocupación de las fábricas y de la victoria electoral del Frente Popular, fué descubierto, difundido e impuesto el pretexto que debía arrastrar la clase obrera a la segunda carnicería mundial: el antifacismo.

Sólo el PCF podía obtener este acondicionamiento del proletariado francés: sólo el PCF podía hacer de sus últimas reacciones de clase una moneda de cambio para obtener la admisión de la U.R.S.S. en el bloque imperialista occidental. Sólo él podía ofrecer a una coalición electoral el apoyo de las masas obreras de cuya confianza gozaba. Sólo él podía resolver la crisis de gobierno que reinaba en Francia y preparar una nueva unión nacional, condición indispensable al desencadenamiento y a la prosecución de toda guerra imperialista. El PCF procuró desempeñar todas estas tareas con un celo que hoy se complace en recordar para justificar sus pretensiones al título de "partido de gobierno": insulto

libre de peligros para las tradiciones revolucionarias, desde el momento en que las generaciones obreras de ayer están casi extinguidas y las de hoy ignoran que el partido del difunto Thorez sólo ha ganado los galones de los que se jacta traicionando la última batalla proletaria de la preguerra.

\* \* \* \* \*

El advenimiento del Frente Popular fué el resultado de la conjunción de la crisis política de 1934 y de la crisis económica de 1936. Atestiguada por la inestabilidad de las mayorías parlamentarias y por la caída de los gobiernos cada cuarenta y ocho horas, la crisis política testimoneaba la confusión de la burguesía francesa al salir de la gran crisis económica mundial de 1929. El estancamiento de la producción, y la desocupación que aparejaba, habían provocado la impopularidad del parlamento, la inquietud de las clases medias, el descontento de los obreros y las presiones patronales. Para resolver esta crisis se necesitaba alcanzar tres objetivos: reactivar la economía (dentro del marco del régimen burgués esto no podía realizarse más que adoptando la panacea universal de la producción de guerra, y después la de la guerra misma); rehabilitar al parlamento y tranquilizar a las clases medias (es por eso que el PCF se había acercado a estas últimas pactando con la SFIO, expresión clásica, desde 1914, de las posiciones de la pequeña burguesía en el seno del proletariado, y terminó por despojar su programa de toda referencia al comunismo y a la revolución, con el fin de conquistarla totalmente); satisfacer las reivindicaciones obreras (era la tarea más difícil, pero algunas migajas de "bienestar" podían ser arrancadas a los patronos y, para convencer a los obreros a limitarse a ellas, se tenía todo el peso y la autoridad de la C.G.T., la confederación general del trabajo francesa, en cuyo seno los comunistas se habían "reunificado" con los bonzos reformistas de Jouhaux).

A esta vasta empresa le faltaba solamente una bandera. Ahora bien, la de la lucha contra el facismo convenía al mismo tiempo para crear la psicología de la guerra,

para restituir al parlamento sus atractivos y para ilusionar a los obreros, que en el facismo, real o no, veían siempre la terrible represión anti-proletaria de los Hitler y de los Mussolini. Sólo faltaba que un suceso político diese una apariencia de realidad a la amenaza facista en Francia: fué la dramática jornada del 6 de febrero de 1934.

Para comprender las consecuencias políticas de esta fatídica fecha, no hay que perder de vista las características tradicionales del movimiento obrero francés, la profunda influencia ejercida sobre él por toda la historia y la estructura del capitalismo en Francia. Un país donde el campesinado parcelario a sido siempre la masa de maniobra del capital contra el proletariado; un capitalismo usurero y especulador; una dinastía de politicastos pequeño-burgueses periódicamente comprometida por los escándalos financieros; en fin, algunos nacionalistas fosilizados puestos allí, a la extrema derecha, para recitar la parte de la vestal patriótica ofendida por las orgías de la corrupción parlamentaria: he allí el marco clásico en el que estalla la crisis política de febrero 1934, cuando altas personalidades radicales se encuentran comprometidas en el asunto de los cheques falsos del estafador Stavisky; cuando una manifestación antiparlamentaria de ex-combatientes nacionalistas en la plaza de la Concordia recibe una ráfaga de los guardias móviles y deja varios muertos sobre el terreno.

La vida política francesa a conocido siempre minorías de "ultras" como la que manifestaba en la plaza de la Concordia. De Déroulède a Maurras, de las "Cruces de Fuego" a la O.A.S., siempre ha habido exaltados imbuídos de las tradiciones y de los "valores nacionales", de los que pretendían disputar el monopolio a los partidos "regularmente designados" para hacerle el juego al capital.

Tan miopes como impotentes, estos embrolladores no han sido nunca otra cosa que espantapájaros reaccionarios hábilmente utilizados por la burguesía "de izquierda" para atraer de nuevo bajo su férula a la pequeña burguesía y, tras ella, a los obreros. Es lo que se ha llamado el famoso "reflejo republicano", cuyo desencadenamiento siempre ha sido pagado

muy caro por el proletariado. Ya después del caso Dreyfus, al comienzo del siglo, cuando un puñado de realistas y clericales se lanzó en manifestaciones intempestivas contra el presidente de la república, los obreros se reagruparon espontáneamente bajo la bandera de las "libertades amenazadas" y, bajo esta presión, en el movimiento socialista, la fracción auténticamente marxista debió fusionar de nuevo con toda la canalla oportunista y carrierista de la que se había anteriormente liberado. De esta fusión salió la SFIO parlamentaria y jauresista, que debía naufragar en la infame Unión sagrada de 1914.

La "amenaza facista" en 1934 no era más real que el "peligro monárquico" en 1902, pero la reacción de "defensa republicana" de los obreros tuvo consecuencias mucho más terribles: fué la desaparición del PCF en cuanto PARTIDO DISTINTO de todos los de las otras clases sociales, fué la disolución de la energía proletaria en el caos de la "voluntad de la Nación".

He aquí la deuda que paga todavía hoy el proletariado francés por haber sido movilizado contra un FANTASMA. Porque, en 1934, el facismo, en tanto reacción armada del gran capital, ya había terminado su obra, la de exterminar los cuadros proletarios en los países en los que la revolución comunista era más o menos una amenaza: lo que no fué, y no había sido jamás, el caso de Francia. En 1934 el simple facismo sólo podía ser el pretexto de la guerra imperialista, y el "facismo francés" una farsa grotesca: porque no existía en Francia un partido facista digno de ese nombre; porque un tal partido, sin el apoyo masivo de las clases medias está destinado a siniestras pero inútiles payasadas; porque las clases medias de este país no habían estado nunca al borde de la ruina como sus homólogas de Alemania y de Italia, y el marasmo económico francés no tenía comparación con la bancarrota de la otra orilla del Rhin; porque el proletariado en Francia no había nunca amenazado el poder del capital y porque su partido comunista se había muy pronto transformado de nuevo en la agencia reformista y electoralista de la que había salido; en fin, porque las clases medias, no teniendo nada que temer de este partido y de este proletariado, temían

mucho más la amenaza militar representada por Hitler de lo que podían admirar sus "méritos" contrarrevolucionarios.

El movimiento social del Frente Popular, que socialistas y comunistas coaligados pretendían limitar a una clásica coalición electoral, favoreció en 1936 el desencadenamiento de una serie de huelgas como el patronato francés jamás había conocido.

En efecto, la coalición SFIO-PCF hacía posible la reunificación sindical y ésta daba un carácter explosivo al descontento acumulado en 15 años de vejaciones patronales y de impotencia obrera. Pero este despertar cuyo catalizador había sido la coyuntura política, expresaba al mismo tiempo el asomarse a la vida política de la nueva generación proletaria entrada en la industria después de la guerra. Si la importancia numérica de este aflujo rompía los límites demasiado estrechos de las luchas anteriores a 1914, presentaba sin embargo un aspecto negativo - el de una inmadurez política que explica en parte la facilidad con que los oportunistas de las dos Internacionales pudieron encerrar esta llamarada reivindicativa en un programa marcado por el más sucio reformismo.

El mito de la "victoria" de junio de 1936 está fundado sobre una serie de equívocos. Ante todo, las ventajas totalmente relativas obtenidas como consecuencia de las huelgas no fueron de ningún modo el fruto de la generosidad del gobierno del Frente Popular: ellas fueron literalmente ARRANCADAS, no sin que éste se esforzase en limitarlas al mínimo. Además, las "conquistas" sociales así realizadas fueron rápidamente anuladas tanto por el fracaso (previsible por otro lado) del programa de reformas pequeño-burguesas del gobierno, como por los sacrificios pedidos inmediatamente a los obreros en nombre de la "defensa nacional", es decir, de la preparación de la guerra imperialista. Por último, la intervención del Estado, si bien fué presentada entonces como una "gran victoria democrática", destruía los últimos baluartes de la resistencia obrera a la explotación y constituía un método característico del FACISMO que socialistas y comunistas pretendían combatir.

La gran oleada de huelgas de 1936 duró todo el mes de mayo. Iniciada el 11 en Le Havre y en Tolosa, se extiende el 14 a la región parisina (donde se cuentan, el 28 de mayo, 100.000 huelguistas en el sector automovilístico), luego a casi todas las otras provincias alcanzando las más diversas categorías. Cuando, el 4 de junio, el patronato rompe las

tratativas después de haber fingido aceptar las reivindicaciones planteadas, se produce una oleada gigante que abraza un total de cerca de dos millones de asalariados. Pero el gobierno del Frente Popular, dirigido por el socialista Blum y entrado en funciones el 2 de junio, lanza inmediatamente un llamado a la calma y al orden. Haciendo eco, la CGT, el PCF y la SFIO se declaran "decididos a mantener el orden y la disciplina" y ponen en guardia a los obreros contra las provocaciones de las "Cruces de Fuego". L'Humanité escribe: "Los que salen de la legalidad son los patronos, agentes de Hitler, que no quieren a ningún precio LA RECONCILIACION DE LOS FRANCESES Y EMPUJAN LOS OBREROS A LA HUELGA". Ya se delinea aquí la fórmula vil (que los "comunistas" convertidos en patriotas usarán más cínicamente todavía después de la liberación) que hace de la huelga, arma tradicional de los obreros, "un arma de los trusts". Ya se ve madurar, mientras la huelga está en plena efervescencia, la tesis insensata según la cual son los capitalistas los que sabotean su propia producción y al mismo tiempo "el interés nacional" (como si éste pudiese ser otra cosa que los intereses generales del Capital!) y son los obreros los que deben defenderlos!

Así, desde junio de 1936, el PCF enuncia claramente qué significa para él el Frente Popular: LA RECONCILIACION DE LOS FRANCESES, la unidad nacional, "pasar la esponja sobre las disputas internas", la disciplina patriótica; en resumidas cuentas, una política que permitirá al capitalismo conducir a término, sin muchas dificultades sociales, su segunda carnicería histórica. "Nosotros te tendemos la mano, católico, obrero, empleado, campesino - había ya dicho Thorez en la víspera de las elecciones - voluntario nacional, ex-combatiente CONVERTIDO EN CRUZ DE FUEGO, porque eres hijo del pueblo, PORQUE SUFRES COMO NOSOTROS DEL DESORDEN y de la corrupción...".

Este lenguaje tenía un significado que iba más allá de la liquidación de la lucha de clase: era el PRETEXTO ideológico que había permitido el abandono de la lucha de clase. No existen ya más ni "reaccionarios" ni "facistas", hay sólo buenos franceses. Inútil preguntarse qué puede hacer un partido obrero llegado a tal grado de bajeza! Su preocupación prin-

principal es que los obreros retomen el trabajo. No es todavía al pie de la letra el cínico "arremangaos" que formulará Thorez después de la liberación, pero ya es su espíritu. "Es necesario saber terminar una huelga - dice Thorez el 14 de junio - desde el momento en que las reivindicaciones están satisfechas... y llegar al compromiso para ahorrar nuestras fuerzas, pero SOBRE TODO para no facilitar la campaña de pánico organizada por la reacción".

Esta es la prueba abrumadora, la prueba irrefutable de la CAPITULACIÓN del comunismo degenerado frente al capitalismo. En su plataforma inicial, la Internacional Comunista preconiza el apoyo a las reivindicaciones obreras para que, a un cierto grado de su desarrollo, la agitación saliese del marco económico y provocase el DESORDEN, es decir, la crisis social que permitiría al proletariado organizado tomar el poder, ejercer su dictadura y destruir el infame orden burgués. Esto en 1920. En 1936, para los "comunistas" del señor Stalin, el "DESORDEN" sólo puede ser la obra de reaccionarios y fascistas y se pide a los obreros sacrificar sus reivindicaciones inmediatas para defender el "orden" que los explota, que los tiene hambrientos y que mañana los mandará a la gran matanza patriótica. "No se trata de tomar el poder actualmente", había dicho Thorez el 11 de junio. En efecto, NO SE TRATA DE TOMAR EL PODER, ni "actualmente", ni nunca más: cuando uno se limita a las competiciones electorales, cuando se afirma que existe un interés nacional por sobre las clases, es siempre a la burguesía que se abandona el poder. En 1936 el ciclo de la degeneración del comunismo moscovita está terminado. Le quedan todavía muchas infamias para realizar, antes y después de la disolución formal de la IIIa. Internacional, pero desde este momento está ya probado que nuestra corriente tenía razón cuando, a partir de 1920, advertía a toda la Internacional del hecho que, en caso de reflujo internacional del proletariado, la táctica del frente único le sería fatal.

En efecto, según Lenin el frente único debía desenmascarar la traición de los socialistas, arrancarles la masa obrera que ellos engañaban, llevar esta masa al terreno de la lucha armada por la dictadura del proletariado.

Siniestra caricatura del frente único, el frente popular RECONCILIABA AL CONTRARIO el PCF con los socialistas, marcaba la renuncia al poder revolucionario de los Soviets, salvaba la democracia capitalista, defendía el orden burgués.

A Blum, "gerente leal del capitalismo" sostenido por estos "comunistas" nuevo tipo, correspondió algunos años después revelar toda la verdad sobre el frente popular y sobre las huelgas de junio de 1936. Citado por Pétain como acusado al proceso de Riom después del armisticio de 1940, Blum dirá, dando la definición más concisa y brutal de la tarea contrarrevolucionaria que incumbe a un gobierno "obrero" que actúa en el marco de un Estado burgués: "Dejé, es cierto, ocupar las fábricas, pero conservé siempre el dominio de la calle". LA CALLE, es decir el lugar donde se libran las primeras escaramuzas contra las fuerzas del Estado burgués, el lugar donde se INICIA la lucha por la destrucción de este Estado, donde se decide el destino de toda agitación social masiva (en la calle y no en el recuento de los votos ganados en las elecciones!). Cada vez que el proletariado abandona este terreno de lucha - aunque sea paralizando por un cierto tiempo la producción capitalista - es irremediablemente derrotado.

Las huelgas de 1936 se terminaron con los acuerdos de Matignon. Los obreros ganaron algunos aumentos de salario, la semana de 40 horas, las vacaciones pagas. Estos aumentos fueron rápidamente absorbidos por la devaluación de Blum, que capitulaba frente al "muro de dinero". Las 40 horas no duraron mucho más, rápidamente barridas por las horas suplementarias necesarias a la DEFENSA NACIONAL. En cuanto a las vacaciones pagas, se volvieron también "vacaciones"...gratuitas de movilización. En este balance el "activo" es valorado demasiado rápido, mientras que el "pasivo" no ha sido todavía valorado totalmente. Inmediatamente se tuvo la desaparición de todo principio de clase en los partidos y en los sindicatos; los "comunistas" REVISABAN la crítica fundamental hecha por Lenin a la democracia parlamentaria, que la Internacional, aún después de haberse vuelto oportunista, había siempre considerado sólo como un MEDIO de agitación del proletariado.

Para ellos la democracia se convertía en el OBJETIVO supremo, no se distinguía ya más de los objetivos socialistas: es decir, la REVOLUCION era totalmente renegada.

El Frente Popular fué al mismo tiempo la preparación intensa de los obreros para la ideología de guerra, la resurrección del patriotismo y aún del chauvinismo, la destrucción de todos los esfuerzos hechos por Lenin para arrancar el proletariado de la influencia capitalista.

El Frente Popular debía morir en Francia su hermosa muerte en 1938, cuando el sucesor de Blum en el gobierno, el radical Daladier, lo denunció para reprimir a su gusto la huelga general proclamada por la C.G.T. contra sus "decretos-ley de miseria". Si la euforia de junio de 1936 debía reservar a los obreros días dramáticos, su movimiento no salió jamás de los límites del clásico reformismo de todas las coaliciones electorales populares, que en todas partes han sufrido siempre los mismos fracasos.

ENSEÑANZAS DE LA

CONTRARREVOLUCION : ESPAÑA 1936

En las páginas que siguen está reproducido "Enseñanzas de la contrarrevolución : España 1936" publicado por primera vez en los números 26, 27 y 28 - noviembre, diciembre de 1965 y enero de 1966 - del periódico "Le Prolétaire".

Nota : Por error de numeración, la página 71 ha sido omitida. Sin embargo, el texto del artículo esta integralmente reproducido.

Si la "táctica" antifacista de la Internacional Comunista en los años 30 logró desviar el proletariado occidental de sus fines y de su programa revolucionario y hacerle apoyar políticamente la segunda guerra imperialista mundial como pseudo-cruzada antifacista, en ningún lugar hubo una verdadera lucha - es decir, lucha armada con carácter de guerra civil - contra el facismo. Las hazañas del antifacismo habiendo permanecido hasta entonces puramente verbales y parlamentarias ( los únicos episodios de lucha real verificados en Italia eran de inspiración anticapitalista y comunista, no antifacista y democrática ), el antifacismo habría estado muy mal armado para tomar el timón de la guerra contra las potencias del Eje en nombre de la pretendida comunidad de intereses entre proletariado y burguesía democrática, si los acontecimientos de España entre 1936 y el estallido del segundo conflicto imperialista no hubieran conferido una apariencia de realidad a la manera que de ahí en adelante tenía el oportunismo de presentar la historia: ya no como conflicto de clases cada una de ellas arraigada en tipos de sociedad totalmente opuestos, sino como lucha "entre las fuerzas de la democracia y las del facismo". Habiendo recibido en España una especie de bautismo de sangre, esta tesis vacía y absurda, desmentida por toda la historia precedente - por no decir por los principios del marxismo - tomó una fuerza y un ascendente monstruosos, hasta transformarse en ideología de la nueva masacre imperialista.

\*\*\*\*

Esto bastaría para que, a treinta años de distancia, la "revolución" y la guerra de España de 1936 merecieran la atención de todos los que quieren sacar una enseñanza de la contrarrevolución con el fin de orientarse revolucionariamente en el triste marasmo de hoy: porque examinándolas con sangre fría y con todas las otras ventajas de la perspectiva histórica, es muy fácil descubrir que esta "revolución" y esta guerra prueban todo lo contrario de lo que el oportunismo, explotándolas sin escrúpulos, pretende probar.

Pero su interés no se limita a ésto, pues ellas iluminan crudamente el sentido de otra lucha que quizá no se ha vuelto todavía totalmente "inactual": la del marxismo revolucionario (que sus adversarios, en el momento de la victoria de Stalin, se habían apresurado a encerrarla en la misma tumba que la de la gran revolución de octubre de 1917) contra el anarquismo revigorizado por la derrota del proletariado. La España de 1936 era en realidad la tierra elegida del anarquismo, que tuvo entonces una ocasión única para "pasar sus pruebas revolucionarias" pero que, en plena arremetida revolucionaria, sufrió el fiasco más grande que quizá ninguna corriente, ninguna escuela de lucha política y social, haya jamás debido padecer en la dura prueba de los hechos. Así el anarquismo, cuyas debilidades teóricas y prácticas habían siempre sido más que evidentes, pero a quien la derrota del proletariado en el momento de la contrarrevolución rusa permitía gritar sobre las "fatalidades reaccionarias" pretendidamente contenidas en el marxismo, hizo por su parte la experiencia de su impotencia fatal contenida realmente en su apoliticismo, en su hostilidad al centralismo y en su ideología democrática y libertaria.

A diferencia de lo que se verificó en Rusia, otro país de capitalismo atrasado, toda la historia del movimiento obrero en España está caracterizada por la impotencia del proletariado para constituirse en clase independiente frente a una burguesía tan débil y tan indisolublemente ligada a los latifundistas agrarios que era muy difícil individualizarla detrás de sus disfraces políticos. Esta impotencia tomó dos formas: ante todo y esencialmente, la del anarquismo, que se adaptaba bien a una industria que conservaba de antaño y en grandes proporciones los caracteres de la época manufacturera, y más aún a las mil capas pobres de las ciudades y a los campesinos miserables de los latifundios; en segundo lugar, y principalmente en las zonas de la gran industria moderna, la forma de un socialismo reformista y electoralista capaz sin embargo, en períodos de crisis, de los disfraces "revolucionarios" más extraordinarios. En cuanto a esta impotencia en sí, no se puede dejar de notar que ella prolonga la de la misma burguesía en la época en que aún podía jugar

un rol revolucionario porque el proletariado no estaba allí para amenazarla. Y si la burguesía dejó escapar semejante ocasión por sus compromisos con la potencia conservadora de la Iglesia y por sus concesiones a los prejuicios populares durante la guerra de independencia contra la Francia napoleónica (1808-1814), en una palabra, por lo que Marx llamó su falta de audacia revolucionaria, nunca más la volvió a encontrar. Fue así que el capitalismo español se desarrolló trabajosamente - sobre todo como producto de importación extranjera - dentro de la envoltura de un estado dinástico periódicamente sacudido por las tentativas revolucionarias de un liberalismo cada vez más imposible que nunca logró completar la revolución política de donde en otros lados había nacido el estado moderno.

Si los mil lazos que unen el socialismo reformista al régimen capitalista son evidentes (aunque más no fuese por su periódica participación en los gobiernos burgueses) podrá parecer paradójico afirmar que la adhesión de la clase obrera española al anarquismo no le aseguraba ninguna independencia de clase real. El hecho es que una tal independencia no es la "autonomía" tan reivindicada por los anarquistas (para la cual el abstencionismo hubiera, en rigor, podido bastar, sin que por otro lado los anarquistas se hayan contentado ni pudiesen contentarse con él, oscilando como lo hacían entre los rechazos de principio y los compromisos prácticos, como por ejemplo cuando en 1873 participaron tranquilamente en los gobiernos locales o juntas de los republicanos federalistas, autores de la absurda insurrección cantonalista, comprometiendo así a la I. Internacional a los ojos de las masas y dando al mundo, como se lo reprochó Engels, "un ejemplo magistral de cómo no debe hacerse una revolución"): la independencia de clase es la facultad del proletariado de actuar en todas las fases de su lucha en función de su programa comunista, según sus propios principios y métodos, lo que supone la facultad de reconocer exactamente al enemigo de clase bajo todos los disfraces en que pueda presentarse. Tal facultad no podía dejar de faltar a un movimiento cuyo programa se limitaba a la utópica "supresión del Estado" por decreto, un movimiento en el cual los principios antiautori-

tarios (exasperación del individualismo democrático burgués) ocupaba el lugar de la doctrina, de la conciencia de clase y de la comprensión histórica, y cuyos métodos consistían en un insurreccionalismo local totalmente irreflexivo.

\*\*\*\*

Esta impotencia del proletariado español - a pesar de ser duramente explotado y profundamente revolucionario en el sentido estrecho de la palabra - a constituirse en clase, es decir, en partido de revolución y de reorganización social y no en fuerza electoral, dió en 1936 los frutos más monstruosos. De hecho, que significó una insurrección destinada a aplastar el pronunciamiento de Franco - pero que descuidó forjarse un poder revolucionario centralizado - sino la ilusión del proletariado español de tener por única tarea la de llevar a cabo en el siglo XX una revolución del siglo precedente, y de imponer, él mismo, a una sociedad capitalista arcaica y retrógada la forma típicamente burguesa, y eventualmente reformista, convertida desde hacía mucho tiempo en el principal obstáculo a la revolución social?

Aunque animada de las más generosas utopías sociales, semejante tentativa sólo podía fracasar. La "vieja reacción militar, burguesa y latifundista de siempre" reencarnada en el franquismo y bautizada impropiaemente "facista" (el facismo es una forma de gobierno ultramoderna y no arcaica) venció la absurda coalición de clases del bloque "republicano" por la superioridad mucho más política que por la militar. Más aún: en el seno de la misma coalición republicana, las fuerzas abiertamente burguesas y conservadoras que se agrupaban estrechamente en torno al Partido Comunista se encargaron de demostrar al proletariado que para ellas, según las palabras de Marx, "la utopía se transforma en crimen apenas trata de realizarse en los hechos". El movimiento político del proletariado español no supo sacar la enseñanza universal de la lucha entre los bolcheviques y mencheviques rusos: en el siglo XX la revolución es proletaria y comunista, o se transforma en brevísimo tiempo en contrarrevolución. Si había escapado a las

seducciones del anarquismo, sólo fué para caer en las redes de un chato socialismo reformista, de un partido que en su momento había rehusado en bloque adherir a la Internacional de Lenin. La tentativa del POUM - por otro lado débil y contradictoria - de implantar el marxismo revolucionario en España, apenas si había rozado la clase proletaria en razón de su debilidad y de sus contradicciones. En las cuestiones esenciales, el proletariado había continuado a seguir en masa al anarquismo que, instigador de la fosilización de la revolución española del siglo XX en los esquemas del pasado o, si se quiere, de su desviación liberal en política y utópica en el campo económico y social, fue también el primer eslabón de la contrarrevolución. El segundo eslabón fué el aliado burgués de la coalición "republicana" (reconocido y denunciado demasiado tarde y además no claramente), que esta vez asumió los rasgos no ya del republicanismo burgués, sino del "stalinismo". Sólo mucho más tarde, cuando el proletariado había dejado de participar como clase en el conflicto (aún si los obreros estaban obligados como los otros ciudadanos a combatir en el ejército republicano) porque se desinteresaban como clase de sus fines últimos, el tercer eslabón se agregó para completar la cadena de la contrarrevolución: la victoria franquista.

Treinta años después, hay todavía quien deplora que los anarquistas hayan traicionado sus propios principios: no se dan cuenta que esto significa reivindicar un absurdo: la detención de la contrarrevolución en su primer eslabón, es decir en su primer momento, en su primerísima infancia. Y son aún más numerosos los que lamentan que la república haya sido vencida, como si tuviese mayor sentido elegir el segundo eslabón, la madurez del proceso contrarrevolucionario. Las contrarrevoluciones son como los ríos, ninguna fuerza puede impedir que sigan su propio curso.

## Impetu proletario y traición oportunista

El rápido esquema trazado por nosotros no tiene nada de arbitrario: corresponde a la crítica marxista - vieja casi de un siglo - del falso extremismo libertario, y a la crítica de la democracia burguesa y del reformismo obrero emprendida por Lenin mucho antes de la reconstitución de la Internacional revolucionaria; deriva de la inmensa experiencia histórica que va de las grandes revoluciones clásicas de la burguesía a la revolución proletaria de 1917 en Rusia. Sin este esquema no es posible descifrar los hechos embrollados de la revolución y de la guerra española de 1936.

La victoria electoral del Frente Popular después de la disolución de las Cortes (luego de la insurrección obrera en Asturias, de su represión y del endurecimiento burgués del "bienio negro"), fué la señal de una intensa agitación social de carácter tanto político (liberación de los prisioneros políticos) como económico (reivindicaciones salariales) afectando también al campo (Extremadura, Andalucía, Castilla, Navarra). Sin embargo, a esta tensión social está muy lejos de corresponder una clara orientación política del proletariado. El pacto electoral concluido en la batalla "contra la derecha" antes de las elecciones de febrero, había reunido organizaciones totalmente disparates: partidos republicanos de izquierda, partido socialista y UGT (sindicato socialista), partido sindicalista, partido comunista y hasta el movimiento de oposición del POUM, lo que prueba de modo elocuente la ausencia de una delimitación de clase. El programa adoptado por esta alianza contra natura era pura y simplemente el viejo programa republicano (reforma de las Cortes, de las municipalidades, reorganización de las finanzas, protección de la pequeña industria, desarrollo de los trabajos públicos y, sobre el papel, una vez más, reforma agraria): un programa que, abdicando toda sombra de independencia, los partidos obreros habían aceptado tal cual, si bien cada uno de sus puntos "parecía una burla". Y si los anarquistas permanecieron al margen de este frente vergonzoso, participaron sin embargo esta vez a las elecciones a cambio de la promesa de la amnistía política.

En cuanto al gobierno, está compuesto de republicanos burgueses, que los partidos obreros sostienen sin participar en él. Sintiendo acercarse la tormenta, el partido socialista, que en 1931 no había temido hacer ministerialismo en el primer gobierno republicano, invoca de golpe los principios y la necesidad de mantener la propia independencia. Mientras el demagogo Largo Caballero, ex-ministro del Estado burgués, intenta adelantarse agitando la consigna del "Gobierno obrero" y hasta de una "dictadura del proletariado" ejercida por un partido ultra-reformista como el suyo, mientras multiplica las "aperturas" en dirección de los anarquistas e invita retóricamente a los republicanos a irse, madura el golpe de estado militar destinado a "restablecer el orden" perturbado por los movimientos obreros y campesinos. El 17 de julio estalla. El oportunismo socialista, corriendo al abrigo y desmintiendo sus pretensiones a ejercer la dictadura del proletariado, mendiga al gobierno las armas que éste le niega.

Se constituye un nuevo gobierno, mientras la insurrección del ejército obtiene victoria tras victoria en Andalucía (donde Córdoba y Sevilla caen gracias a la complicidad del Estado y a la confianza estúpida que las organizaciones obreras conceden al gobierno legal) y en el norte, en Zaragoza, Oviedo y las regiones vecinas. Por el contrario, en Barcelona, en Madrid, en el País Vasco, en Valencia, en Málaga, la insurrección fracasa ya sea a causa de la repuesta obrera o por indecisión. Una parte de España está en las manos del ejército, otra aparentemente en las manos de las masas proletarias y populares armadas, porque en el choque el Estado republicano ha saltado en pedazos y han surgido en todas partes comités que reagrupan "democráticamente" los representantes de todas las organizaciones obreras y ejercen las funciones tanto legislativas como ejecutivas en el lugar de las autoridades legales desvanecidas o caídas en las sombras.

"Reacción defensiva al comienzo, la respuesta obrera se ha convertido en ofensiva y agresiva": un "terrorismo de masa" se desencadena sobre los curas, los pequeños y grandes patrones, los hombres políticos burgueses, los jueces, los policías, los guardias de las prisiones, los espías y los torturadores; las organizaciones sindicales toman medi-

das de confiscación o de control frente a las empresas industriales y comerciales, a los transportes colectivos, a los servicios públicos, etc.; en algunas zonas rurales nacen unas comunas libertarias que abolirán soberbiamente por cuenta propia el dinero. Todo ésto sale evidentemente del marco del "antifacismo político" en el que los partidos oportunistas querrán hacer entrar de nuevo al movimiento, y atestigua toda la violencia del antagonismo social, del conflicto entre capital y trabajo, pero no basta para constituir una revolución proletaria moderna.

Una revolución es esencialmente una cuestión de poder y una cuestión de programa, no una cuestión de formas de organización. En la España de julio de 1936, en la que tantos falsos marxistas han creído y creen todavía ver una "dualidad de poder" entre proletariado y burguesía, ningún partido, ninguna fuerza plantea en realidad el problema del derrocamiento de la república burguesa encarnada en el gobierno Giral, con el pretexto que éste ha "perdido toda importancia". (\*)

---

(\*) Estos falsos marxistas hacen evidentemente una analogía alusiva a la situación rusa de febrero a octubre de 1917 en la que el mismo Lenin hablaba de dualidad de poder entre los Soviets de un lado y el gobierno del otro. Pero Lenin (aún si él no menciona la existencia de un partido revolucionario para justificar su fórmula) aprecia una situación que es el resultado de decenas de años de lucha de clase que, a diferencia de lo que aconteció en España, había engendrado el Partido Bolchevique. Es absurdo imaginar que en España, donde un tal partido no existía, la situación presentaba sin embargo las mismas virtualidades revolucionarias, que había "dualidad de poder", pero que le faltaba "la dirección revolucionaria" concebida como interviniendo del exterior. No existe por un lado el proceso de desarrollo del Partido, y por otro lado una maduración del proletariado para la toma del poder: no hay más que una única lucha de clase en la cual la presencia o la ausencia del Partido es el índice más certero y más sensible de la capacidad del proletariado para afrontar sus tareas históricas.

Todas las iniciativas son locales: cada ciudad, cada empresa, cada pueblo actúa por cuenta propia, sin preocuparse por un plan de conjunto. Los enemigos declarados de la revolución social - socialistas colaboracionistas y sobre todo falsos comunistas - esperan, para plantear a su modo la cuestión del poder, que la tormenta pase; sólo el 4 de setiembre se constituye el "gobierno obrero" de Largo Caballero, por otra parte designado expresamente por el republicano burgués Giral como el único capaz de "gobernar" la España en ebullición, lo que significa hacerla volver al orden. Pero en las semanas ardientes del 21 de julio al 4 de setiembre los anarquistas, falsos extremistas, rehusaron plantear el problema del poder y por consiguiente "colmar el vacío abierto por la ruina del Estado republicano". En Cataluña, donde dominan sin embargo la situación, una vez más su pretendido apoliticismo se revela desde julio, en el fuego de los acontecimientos, como un oportunismo dispuesto a todas las colaboraciones, y se jactan de ello:

"Nosotros podíamos estar solos, imponer nuestra voluntad absoluta, proclamar caduca la Generalidad de Cataluña e imponer en su lugar el verdadero poder del pueblo (sic); pero no creíamos en la dictadura cuando se ejercía en contra nuestra y no la deseábamos cuando podíamos ejercerla nosotros mismos a expensas de los otros. La Generalidad quedaría en su puesto con el presidente Companys a la cabeza y las fuerzas populares se organizarían en milicias para continuar la lucha por la liberación de España". Así nace el comité central de las milicias antifascistas de Cataluña, en el que los anarquistas se jactaron de haber hecho entrar "todos los sectores políticos, liberales y obreros" y en el que muchos pseudo-marxistas han querido ver un "poder proletario", como si un verdadero poder proletario no hubiera subordinado la lucha militar contra la ofensiva franquista a la prosecución de la revolución social y como si hubiera podido tolerar a los liberales en su seno! Así nace, algunas semanas más tarde, el nuevo gobierno central al que apenas un mes y medio después de su constitución los anarquistas no sólo aceptarían sino al que pedirán participar, olvidando todos sus pretendidos principios, revelando todo el oportunismo que se disimulaba detrás de sus poses libertarias e insurreccionalistas:

"La entrada de la CNT en el gobierno central es uno de los hechos más importantes que la historia de nuestro país haya registrado. La CNT ha sido siempre por principio y por convicción anti-estatal y enemiga de toda forma de gobierno... Pero las circunstancias han cambiado la naturaleza del gobierno y del Estado español. El gobierno ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase obrera, así como el Estado no es más el organismo que divide la sociedad en clases (sic!). Ambos dejarán con mayor razón de oprimir al pueblo con la intervención de la CNT en sus órganos".

Así se terminaba la primera fase de la contrarrevolución, la más decisiva. Las otras dos la seguirán con una lógica implacable, y el curso de los acontecimientos mostrará qué cosa la "revolución" y la guerra de España han históricamente probado : no la realidad de un conflicto entre democracia y facismo, sino el rol contrarrevolucionario y antiproletario del antifacismo, bandera sangrienta de la segunda guerra imperialista mundial; y, más particularmente, la naturaleza profundamente oportunista del anarquismo.

\*\*\*\*

Es un hecho que, a pesar de su falta de unidad, su particularismo provincial y su extrema confusión en cuanto al problema de las condiciones políticas y de las vías de la emancipación social, la réplica obrera al golpe de estado franquista del 17 de julio de 1936 salió en parte del marco puramente político, y por lo tanto burgués, de la "defensa de la democracia".

Del mismo modo que la victoria del Frente Popular, es decir de los partidos burgueses republicanos y de los partidos obreros oportunistas, había dado la señal de la agitación social en las ciudades y en el campo que creían ingenuamente en las intenciones sociales de la nueva República (no habían quizás los obreros franceses cometido el mismo error después de la revolución de febrero de 1848 ?), el pronunciamiento fué la señal de una explosión social que no sólo tomó como blanco los cuerpos constituidos más odiados - magistratura, policía y clero - sino que atentó tam-

bién ampliamente contra el sacrosanto derecho de propiedad, fundamento del orden burgués. Por anarquistas e ingenuas que fuesen, la confiscación de tierras y de empresas industriales y comerciales, su consignación a organizaciones sindicales, su gestión directa y su control por parte de las organizaciones obreras, no pueden pasar por medidas pura y simplemente "políticas" contra los "enemigos de la democracia", contrariamente a lo que pretendieron entonces los socialistas reformistas y los stalinistas. Por otra parte, éstos no vacilaron ni en denunciar el "absurdo" de tales tentativas (que a sus ojos hacían de la clase obrera española la "cómplice de Franco"), ni en deplorar la "ruptura del frente sagrado" entre obreros, campesinos y pequeño-burgueses democráticos que esas tentativas corrían el riesgo de provocar. Pero precisamente esta interpretación "antifacista" y esta hostilidad atestiguan del mejor modo que no sólo la iniciativa proletaria no era en absoluto bienvenida para la democracia política, sino que ésta necesitaba a todo precio hacerla entrar en el marco burgués de una lucha respetable, no revolucionaria, contra el facismo y la revuelta "anticonstitucional" del ejército. Si bien confusas e incoherentes, las tendencias sociales de la réplica obrera eran sin embargo lo bastante netas como para levantar en su contra no sólo a los republicanos burgueses y a la izquierda socialista de Caballero (que, por otra parte, tuvo la suficiente habilidad de disimular mucho tiempo su hostilidad) sino también al esquelético partido comunista español de obediencia stalinista y a los mismos jefes anarquistas.

Desde el comienzo, el PCE formula el programa que explica su éxito posterior en la pequeña-burguesía española aterrada por los "excesos" revolucionarios de las primeras semanas :

"Hoy en día, nosotros no podemos hablar de revolución proletaria en España porque las condiciones históricas no lo permiten. Nosotros queremos defender la pequeña y mediana industria que sufren no menos que el obrero (sic!). Nosotros deseamos luchar sólo por una república democrática con un contenido social extenso (sic!). No puede ser cuestión, hoy, ni de dictadura del proletariado ni de socialismo, sino sola-

mente de la lucha de la democracia contra el facismo". (Declaración oficial del 8 de agosto de 1936 del stalinista español Jesús Hernández y del secretario general del PCE, José Díaz). El equívoco no es posible !

En cuanto a los jefes anarquistas, son aún más elocuentes dentro de su laconismo : "Hoy no existe comunismo libertario : existe la facción que es necesario aplastar !".

El éxito de esta especulación habitual del oportunismo sobre la "inmadurez de las condiciones históricas" o tan sólo sobre las "apremiantes necesidades de la hora" estaba tanto más asegurado cuanto que el resultado más claro de una "revolución" obrera española que no respondía a ningún programa coherente de transformaciones sociales, fué la desorganización económica más grande. Las empresas "colectivizadas" se habían convertido, de hecho, en propiedad de su personal que, aún aprovechando la situación para introducir algunas medias favorables a los asalariados, debía sufrir todas las condiciones de la concurrència burguesa, es decir, de la precariedad de la economía mercantil, sin alcanzar ni siquiera la "igualdad" tan invocada por los libertarios porque cada empresa había heredado reservas y stocks muy diferentes entre sí. En suma, en ausencia de un plan de conjunto, la colectivización libertaria calcada sobre el esquema de Malatesta de "destrucción de la propiedad burguesa" tuvo por efecto las mismas desigualdades y los mismo absurdos que sus partidarios habían condenado en el capitalismo. Haciendo eco, más de medio siglo después y a pesar suyo, a la crítica marxista del "socialismo de empresa", un anarquista español hacía así el balance de esta iniciativa de la revolución libertaria :

"Nosotros habíamos visto en la propiedad privada de los instrumentos de trabajo y en el aparato capitalista de distribución la causa principal de la injusticia y de la miseria. Nosotros queríamos la socialización de las riquezas para que ningún individuo pudiera ser excluído del banquete de la vida. Hemos substituído los ex-propietarios con una media docena de otros que consideran la fábrica, los medios de transportes controlados por ellos, como el bien propio, con el inconveniente de que no siempre saben organizar una

administración y realizar una gestión mejor que la antigua".

Sólo los filisteos pueden rechazar la revolución a causa de sus "desórdenes", como si fuera posible conmover los fundamentos de la sociedad burguesa sin que resulte de ello, al menos momentáneamente, una disminución de la sacrosanta "productividad". Los gritos de odio lanzados por los stalinistas españoles contra las iniciativas caóticas de las primeras semanas de la insurrección, no estaban pues dirigidas contra las fantasías libertarias sino contra la misma revolución. En otros términos, como lo demostrará la sucesión de los acontecimientos, estos gritos no expresaban de ningún modo la indignación de revolucionarios serios frente a la enésima demostración anarquista de "cómo no debe hacerse una revolución", sino la necesidad de orden de todos los paladines de la conservación social. Esto no quita que las concepciones sumarias del anarquismo acerca de las vías de la abolición del capitalismo hayan bastado por sí solas a dar el más terrible de los golpes a la causa proletaria. Reduciendo todo el problema a un traspaso de propiedad del patrón al comité de fábrica o de empresa, o al sindicato, mientras que en realidad se trataba de transformar el marco mismo de la actividad productiva (la empresa que lucha solamente para sí misma) para llegar a una gestión verdaderamente coordinada y social, los libertarios sólo lograron substituir el capitalismo ordinario por lo que entonces se llamó - con un término muy justo aunque aparentemente paradójico - "capitalismo sindical", cuyos resultados prácticos no fueron capaces de dar a la clase obrera la fuerza de resistir a la campaña contrarrevolucionaria de los demócratas ordinarios...

En realidad, es imposible separar los errores prácticos de los libertarios en el terreno de la transformación social de su profundo oportunismo. Ya hemos visto cómo se jactaron de rechazar el poder en nombre de la "libertad", rechazo que equivalía a abandonarlo en favor de los enemigos de la revolución (que finalmente lo usarán contra ellos en el momento oportuno). Si, como movimiento, el anarquismo internacional no ha sacado ninguna lección de las consecuencias fatales de este rechazo, la burguesía, a través del republicano español Azana, ha dado prueba de una mayor perspicacia:

"Como contragolpe a la rebelión militar, se produjo un sublevamiento proletario que no se dirigió contra el gobierno... Una revolución debe apoderarse del mando, instalarse en el gobierno, dirigir el país según su propia visión. Ahora bien, ellos no lo han hecho. El viejo orden hubiera podido ser substituído por otro, revolucionario. No fue así. No había más que impotencia y desorden".

Todos los desarrollos ulteriores han estado condicionados por esta impotencia : el primer sepulturero de la causa de la revolución proletaria en España ha sido el falso "comunismo libertario".

### El drama se desencadena

A treinta años de distancia, no tendría ningún sentido preguntarse qué hubiera sucedido si el proletariado hubiese tenido la fuerza de tomar el poder en las semanas de intensa agitación social en las que el Estado burgués parecía haber desaparecido, y con mayor razón, especular sobre sus posibilidades de victoria. El objetivo de la crítica marxista no es el de proveer "recetas infalibles", cosa imposible en plena lucha y que se vuelve simplemente ridícula a posteriori. De hecho, si faltó la política justa es porque (por potentes razones históricas) faltó el partido capaz de concebirla y de aplicarla. Ahora bien, ni siquiera tal partido está nunca seguro de vencer; la crítica marxista se propone únicamente mostrar, detrás de las apariencias a menudo confusas de la lucha de los partidos, los verdaderos intereses de clase en juego; y, si confronta la perspectiva de los actores del drama con los resultados históricos de su lucha, no lo hace por la satisfacción estéril de trinar a posteriori de su ceguera o de su necedad, sino para ligar los traidores a sus responsabilidades y para que el proletariado no pueda cometer más los mismo errores y no crea más en las mismas mentiras.

Si, para la comodidad de la demostración, se considera la insurrección española de 1936 como una revolución, se deberá constatar sin embargo que el error fatal de esta revolución ha sido un muy antiguo error libertario : el creer que,

de la noche a la mañana, la sociedad pudiese prescindir de todo poder central y que se pudiese transformar la economía y la sociedad sin revolución política. Esto explica el extraño comportamiento de la revolución española que "depura" las ciudades y el campo de sus elementos burgueses, patrulla en armas por las calles, discurre abundantemente y actúa también, sin temor de recurrir a la violencia, pero que no se preocupa en absoluto de la sobrevivencia de un gobierno legal que, momentáneamente escondido en el fondo de las oficinas ministeriales de Madrid, dispone sin embargo de toda la reserva de oro y, por otra parte, de la única autoridad reconocida por las potencias extranjeras, de otras fuerzas no despreciables como la flota, y que aprovecha de ello para ordenar a esta última el abandono de la rada de Tánger (de donde impide el envío de refuerzos marroquíes a Franco) porque se presencia en esas aguas resulta desagradable a los colonialistas ingleses y franceses. Naturalmente, los hechos no podían más que confirmar la crítica marxista, igualmente muy antigua, de semejante error: no pasaron dos meses y la exigencia objetiva de un poder central, cualquiera que fuese, se impuso a esta revolución no por la fuerza de las armas, sino por la de la evidencia. Esto explica porqué, a pesar de su oposición de principio a "toda forma de gobierno", no haya considerado como un acto dirigido contra sí misma la constitución de un nuevo gobierno el 4 de setiembre de 1936. Singular equivocación, si se piensa que el programa de este último no era la prosecución de la revolución sino la unión de las fuerzas que luchaban por la legalidad republicana, lo que no dejaba ninguna duda acerca de la suerte reservada a los numerosos comités y consejos regionales y locales, milicias de combate y de investigación, o tribunales revolucionarios (que la habían absorbido completamente) y en los que se reconocía a sí misma. Equivocación aún más singular si se piensa que, en su origen, la restauración del poder central no estaba prevista en modo alguno como un simple "ensanchamiento" del gobierno burgués de Giral, mediante la anexión a los republicanos de socialistas, comunistas y representantes de la UGT, sino como una especie de golpe de estado al cual el hábil Largo Caballero de la UGT había invitado a los representantes de los sindicatos anarquistas de la CNT, y que debía consistir en la eliminación política de los republicanos.

Ahora bien, es significativo el hecho que la revolución llevó su ingenuidad hasta admitir que semejante golpe de estado hubiese constituido un grave error porque no era del agrado del embajador de la URSS; porque, sin "legalidad republicana", el presidente Azana hubiera llevado a cabo su terrible amenaza de dimisión y, en tal caso, no se hubiese podido contar más con una ayuda de las democracias extranjeras contra Franco. En suma, puesta prácticamente frente al dilema : o sacrificarse, o ver desaparecer toda esperanza de envío por parte de los rusos de las armas prometidas y por parte de los occidentales de las que nunca habían prometido enviar, la Revolución (que por cierto no era difícil desorientar en materia política, porque nunca había tenido un mínimo de ideas claras al respecto, y no estaba en absoluto segura de su fuerza militar) dijo : veremos ! Después de todo, la CNT no había salvaguardado los principios rehusando entrar en el gobierno y declarando que "las masas se sentirían frustradas si continuásemos a cohabitar en instituciones de tipo burgués" ?

Y bien, se vió ! Después de Madrid, fue el turno de Barcelona :

"Companys, que había reconocido el derecho de los obreros a gobernar (entre el 19 de julio y el 4 de setiembre), y hasta había ofrecido abandonar su puesto, ha maniobrado con tal habilidad que ha logrado poco a poco reconstituir los órganos legítimos del poder, reducir los organismos obreros a simples auxiliares del poder ejecutivo ... La situación normal estaba reestablecida". Esto se produjo a más tardar el 26 de setiembre. Pero la clara visión de las cosas que se expresa en estas palabras no puede ser atribuida a la revolución porque quien las pronunció era un burgués, un republicano catalán.

### El desastre

En realidad, desde los meses de setiembre y octubre, la Revolución no es más que la sombra de sí misma. Ella asiste sin pestañar a los acontecimientos aparentemente más extraordinarios en Cataluña. Se oye decir de la propia boca de los

jefes anarquistas : "No es posible, por tu propio bien, por el porvenir de la clase obrera, que la dualidad de poderes persista". Se oye explicar por los mismos pseudo-marxistas intransigentes del POUM : "Vivimos en una fase de transición en la que la fuerza de los hechos nos obliga a colaborar directamente con las otras fracciones obreras (agreguemos : y con burguesas) en el gobierno de Cataluña". Ellos le prometen días mejores en el porvenir : "De la formación de los soviets de obreros, campesinos y soldados, saldrá un nuevo poder revolucionario". La revolución no tiene ninguna intención de fundar soviets de este tipo : por otro lado, cómo hacerlo ? y con qué fin desde el momento que todos le explican que el gran problema es ganar la guerra contra Franco y que para ella "no existe más que un dilema : ceder o agravar las condiciones de la lucha" ? La Revolución queda en la expectativa ...

Víctima de su ausencia de ideas políticas, y por consiguiente de su tendencia a admitir ideas no sólo ajenas a su naturaleza (naturaleza que, a decir verdad, ella ignoraba) sino destinadas a serle fatales, la Revolución española sufrió los peores golpes sin darse cuenta que no sólo los comunistas, no sólo los demagógicos socialistas de izquierda, sino también los anarquistas, atentaban contra su propia vida. El 1 de octubre de 1936, ella acepta disolver el Comité Central de las Milicias de Cataluña, sobre el cual había sin embargo fundado grandes esperanzas. El 9 de octubre deja que el gobierno disuelva por decreto todos los comités populares, últimos apoyos de su existencia languideciente.

La situación militar, que va agravándose, contribuye además potentemente a quitarle la poca voluntad de vivir que le queda : entre los patéticos llamamientos del gobierno que se proclama democrático y las amenazas feroces de la rebelión militar que estrecha su cerco entorno a Madrid, ella pierde la cabeza : apenas si se indigna cuando a fines de octubre los anarquistas en persona entran en el gobierno central después de discusiones típicamente parlamentarias sobre el número de carteras a obtener; y es en un silencio de muerte que escucha la explicación de este cambio sorprendente :

"La burguesía internacional se negaba a proporcionarnos armas. Debíamos dar la impresión que nuestros patrones no eran

los Comités revolucionarios, sino el gobierno legal : de otro modo no hubiésemos obtenido absolutamente nada. Hemos debido inclinarnos ante las circunstancias inexorables del momento, esto es, aceptar la colaboración gubernamental."

Sólo se trata ... de dar "falsas impresiones" a la burguesía internacional y jugarle la mala pasada de inducirla a armar con sus propias manos la mismísima Revolución ! La revolución española es tan absurda como para creerlo : o será más bien que a perdido toda confianza en sí misma ? De todos modos, de allí en adelante, acepta todo del gobierno antifacista : la liquidación de todo aquello en que había creído, sus armas y, peor aún, la legalización de lo que había creído conquistas suyas. Así como nunca había sabido comprender bien la naturaleza revolucionaria de sus problemas, de la misma manera nunca supo comprender la naturaleza contrarrevolucionaria del poder democrático. Por eso tolera no sólo que el poder legal haga una bandera de su cuerpo totalmente exangüe, durante la terrible batalla de noviembre por Madrid, sino también que recubra ese cuerpo de ridículos ropales, con el pretexto de hacerla parecerse a la gloriosa revolución soviética. Gracias a esta vil puesta en escena, el poder legal obtendrá sus dos únicas victorias contra los franquistas : Madrid y Guadalajara. A pesar de las promesas, la Revolución no obtendrá ninguna ventaja seria; por el contrario, la miseria y los sacrificios, la ostentación escandalosa del lujo burgués, los escándalos políticos, el cinismo abiertamente contrarrevolucionario de la mayoría del gobierno la empujan, es cierto, a un último sobresalto en mayo de 1937. En Barcelona, la revolución reencontrará la fuerza de levantar barricadas y de resistir durante tres días detrás de ellas.

El poder legal mandará entonces al puerto naves de guerra para aterrorizarla, y algunos dirigentes anarquistas (Federica Montsenys y García Oliver, "anarquistas de Estado") para aturdirla. Y la columna motorizada de cinco mil guardias de asalto tomados del frente para lanzarlos contra ella, restablecerá el orden en Barcelona, no al grito de "Abajo la revolución !" sino al grito de "Viva la FAI !"

Después de ésto, todo lo que se produjo no la concierne más. La "izquierda" socialista de Largo Caballero expulsada del gobierno "democrático", los anarquistas y los del POUM perseguidos y asesinados, no es más a ella a quien se golpea pues ya está muerta: más bien es su muerte la que priva de toda base de existencia a los que no tuvieron otro rol que el de confundir sus ideas imprecisas. Ella no estará allí para sacar la última conclusión : la habían asesinado con el pretexto de que sólo con esa condición Franco sería vencido, se obtendrían armas de Inglaterra y de Francia, y se seguirían recibiendo las de Rusia; o mejor dicho, era con esta insensata esperanza que se había asesinada a sí misma. Pero este sacrificio era vano. Jamás, ni el imperialismo inglés ni el imperialismo francés habían enviado armas a la República española, por más adornada de respetabilidad burguesa que hubiera querido estar. En julio de 1938 le toca a la URSS abandonar la partida. El 29 de marzo de 1939, cinco meses antes del estallido de la guerra mundial, al término de una semana de luchas confusas y vergonzosas entre los partidarios cínicos de la resistencia hasta el fin y "partidarios imbéciles de una paz honorable basada sobre la justicia y la fraternidad", después de dos mil muertos agregados a los millones de los años precedentes, el último jefe democrático español se embarca clandestinamente o pasa la frontera. Franco venció desembarazado por los demócratas y los falsos jefes obreros del único adversario que pudiese temer : la Revolución proletaria.

\*\*\*\*

Y a pesar de todo, treinta años después (veinte años después de la masacre de 1939-45, cuyo prelude fueron estos trágicos acontecimientos que prepararon al proletariado europeo del modo más favorable al Capital), hay todavía quien juzga que la Revolución española - que hemos visto tan frágil, tan inerme - había "superado históricamente el nivel" de la revolución bolchevique, la revolución que supo dirigir sin vacilar todos sus golpes contra el peor enemigo del proletariado revolucionario, la democracia burguesa, e instaurar la dictadura del proletariado !

Eternas mentiras de la contrarrevolución ! Y estupidez no menos eterna del oportunismo !





# EDICIONES "PROGRAMME COMMUNISTE"

## ● EN LENGUA FRANCESA :

— Diálogo con Stalin, 56 pág. ....	2,00 F
— Diálogo con los muertos (crítica del XXº congreso del P. C. ruso) .....	4,00 F
— La economía soviética de la revolución de octubre a nuestro días, y El marxismo y Rusia	agotado
— Sobre « El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo » de Lenin, mimeografiado	2,00 F
— La cuestión parlamentaria en la Internacional comunista, 60 pág. ....	4,00 F

## ● EN LENGUA ITALIANA :

— Historia de la Izquierda comunista, primer volumen, 415 pág. ....	25,00 F
— Historia de la Izquierda comunista, volumen I bis .....	8,00 F
— La Izquierda comunista en Italia sobre la línea marxista de Lenin, 110 pág. ....	7,00 F
— 1917, las enseñanzas de Octubre (Trotsky), mimeografiado .....	4,00 F
— Partido y clase - El principio democrático - Partido y acción de clase - La inversión de la praxis - Partido revolucionario y acción económica, mimeografiado .....	3,50 F
— Elementos de orientación marxista - Tesis características del partido, mimeografiado ....	3,50 F
— Los fundamentos del comunismo revolucionario, mimeografiado .....	3'50 F
— Fuerza violencia y dictadura en la lucha de clase, mimeografiado .....	3,50 F
— Enseñanzas de la contrarrevolución - Llamamiento para la reorganización internacional del movimiento revolucionario marxista, mimeografiado .....	3,50 F

## ● EN LENGUA ALEMANA :

— El IIº congreso de la IIIº Internacional y la Izquierda italiana, mimeografiado .....	2,00 F
— La primera guerra mundial y la Izquierda marxista, mimeografiado .....	2,00 F
— Partido, clase y acción revolucionaria, mimeografiado .....	4,00 F

## ● EN LENGUA ESPAÑOLA :

— Los fundamentos del comunismo revolucionario, mimeografiado .....	3,00 F
— Que es el Partido comunista internacional - Que fue el frente popular - España 1936 ....	3,00 F

## PUBLICACIONES PERIODICAS

del Partido Comunista Internacional

### le prolétaire

periódico mensual  
el ejemplar : 0,50 F  
suscripción anual : 5 F

### programme communiste

revista internacional trimestral  
el ejemplar : 2,50 F  
suscripción anual : 9 F  
suscripción conjunta  
"Programme communiste" "Le Prolétaire" : 12 F  
suscripción de apoyo : 20 F

### il programma comunista

periódico bimensual  
el ejemplar : 50 liras  
suscripción anual : 1500 liras  
suscripción de apoyo : 2000 liras

### il sindacato rosso (spartaco)

organo mensual del centro  
sindical del Partido comunista internacional  
el ejemplar : 50 liras  
suscripción anual : 500 liras

Correspondencia y encargos a "Programme Communiste"

B.P. 375 MARSEILLE-Colbert (Francia)

Giros a "Programme Communiste" - C.C.P. 2202-22 Marseille.

Directeur-Gérant : F. GAMBINI - Ronéotypé au siège de "Programme Communiste",  
7, cours d'Estienne-d'Orves - MARSEILLE.

4 F